

ILUSTRACIONES

PERIÓDICO SEMANAL DE LITERARIAS Y CIENCIAS

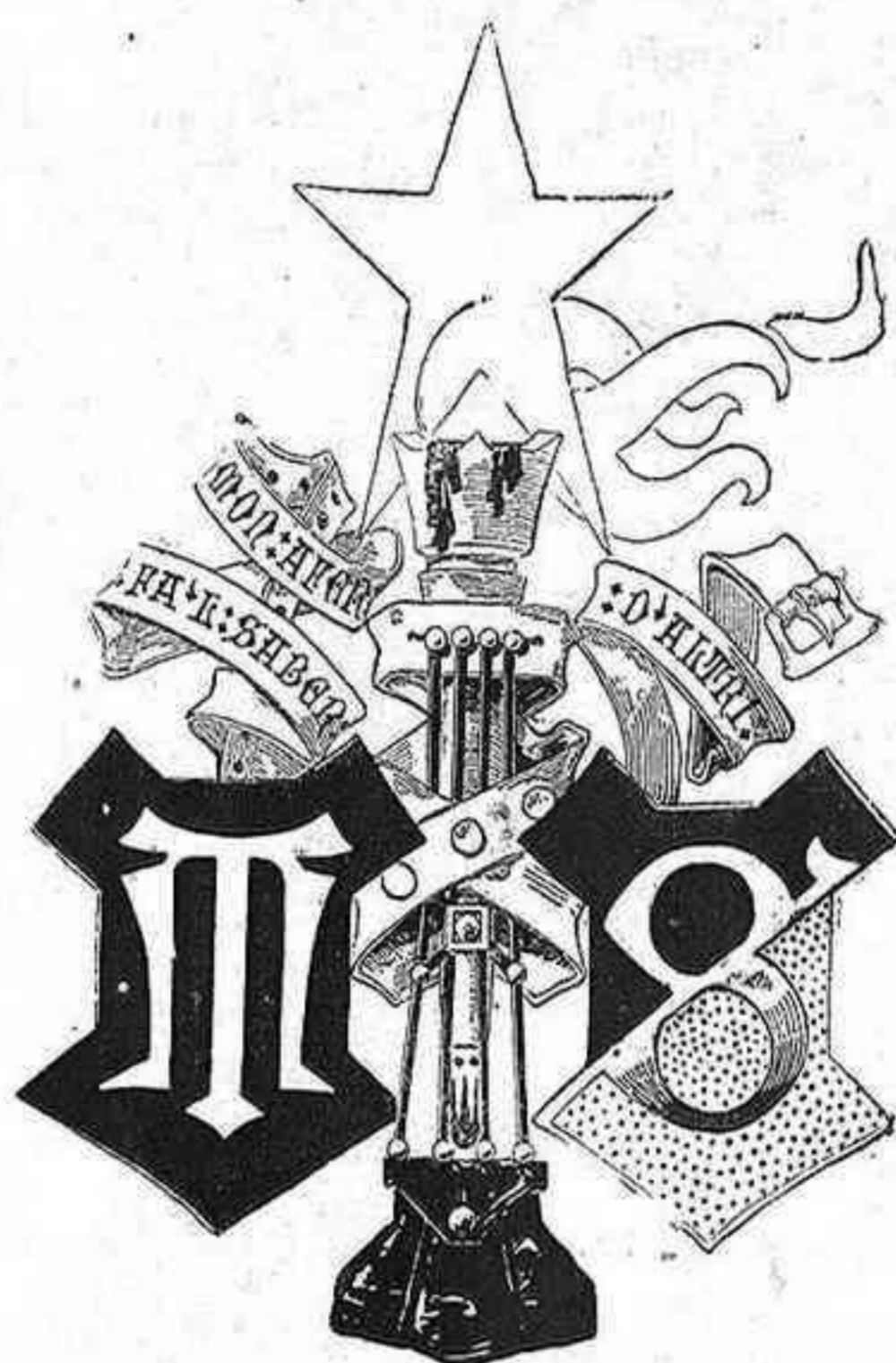
40 5

REDACTADO POR LOS MÁS NOTABLES ESCRITORES NACIONALES

PROFUSAMENTE ADORNADO CON UNA

MAGNÍFICA COLECCIÓN DE GRABADOS

DEBIDOS A LOS PRIMEROS ARTISTAS NACIONALES Y EXTRANJEROS



TOMO XXI.—AÑO 1902

BARCELONA

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

CALLE DE ARAGÓN, NÚMEROS 309 Y 311

1902

En cada semana se publican los grabados de los autores



Año XXI

← BARCELONA 1.º DE ENERO DE 1902 →

Núm. 1.044

NÚMERO EXTRAORDINARIO DE AÑO NUEVO



LOS PRIMEROS CLAVELES, dibujo de Angel Huertas

... por D. Francisco José María Marqués.—*Aires nacionales*, por Alfonso Pérez Nieva, dibujo de Narciso Méndez Bringa.—*El sobrino suaco*, por Eusebio Blas, dibujos de José Triadó.—*Mercado de flores (siglo XIX)*, dibujo de J. García Ramos.—*Aires nacionales. La sardana ampurdanesa*, por Alfonso Pérez Nieva, dibujo de Más y Fontdevila.—*Aires nacionales. La dulzaina castellana*, por Alfonso Pérez Nieva, dibujo de Narciso Méndez Bringa.—*La loca de la casa*, por Eduardo Benot, retrato del autor, grabado de José Triadó y grabado intercalado en el texto.—*Aires nacionales. El guitarrillo baturro*, por Alfonso Pérez Nieva, dibujo de Narciso Méndez Bringa.—*Aires nacionales. La gaita gallega*, por Alfonso Pérez Nieva, dibujo de Alfredo Souto.—*El inválido*, por Luis López-Ballesteros, dibujos de Narciso Méndez Bringa.—*Memorias de una moneda de oro*, por José de Echegaray, dibujo de Triadó.—*Dios da torron*, por Carlos María Ocantos, dibujo de Angel Huertas.—*El alfilar*, por Emilia Pardo Bazán.—*Marianic*, novela de André Theuriot con ilustraciones de Marchetti.—*Sección científica*.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

JUICIO DEL AÑO

El año que termina, si no ha sido para España tan infausto como otros muy recientes del pasado siglo, tampoco puede contarse entre los faustos y risueños. Ha revestido ese aspecto gris y turbio de los períodos históricos en que, sin ocurrir sucesos muy trascendentales, se experimenta la dolorosa inquietud del porvenir y se siente como el peso del destino gravitando sobre las conciencias.

¿Qué caracteriza al año 1901?

Por de pronto, el hecho de no habernos quitado nada, al menos en territorio. Verdad que la amputación de 1898 fué tan generosa, que con otra así desaparecemos del mapa. Aún tenemos algo que perder; aún quedan en la vieja casa solariega preseas tentadores para los ladrones de territorio. Distingue, pues, al año que acaba de caer en el abismo del tiempo, que en él no hemos perdido las Baleares, la ribera de Vigo, las Canarias ni Ceuta.

Tampoco hemos declarado la guerra á potencia extranjera alguna, aunque por puntos anduvo si nos enzarzamos ó no nos enzarzamos con el infiel marroquí, que se dedica al entretenimiento de hacer bailar á las muchachas españolas, á latigazos, las danzas árabes. No cabe dudar que nosotros no somos tal vez los llamados á realizar un acto de justicia histórica; pero, sea quien sea el encargado de cumplirlo, eso ya no se lleva, eso está mandado retirar al desván. Quiero creer cuanto se escribe del pasado de los moritos, de la cultura arábigo-hispana, de la ciencia en Córdoba y Sevilla. Veo su arte en Granada y Toledo; hasta veo, en Adolfo Federico Schack, su poesía y sus letras. Corriente. Mi padre se llamó hogaza y yo me muero de hambre. Hoy esos mahometanos son sus cios, groseros, ignorantes, codiciosos, crueles y dignos del fuego que abrasó á la Pentápolis. Salan cabezas cortadas; apalean los pies. O se mudan la ropa y se lavan alma y cuerpo, ó se van del escenario del mundo.

* * *

En nuestra vida político-social del año que muere, adquirió gran importancia el casamiento de la heredera del trono. Era un suceso en el cual España tenía los ojos fijos; ó, para expresarme con mayor propiedad, los tenían los contados españoles capaces, en el triste período que alcanzamos, de pensar en el día de mañana y de hacerse cargo de la situación. (Porque la mayor parte están como los degenerados bizantinos: entreoyn el trote de los caballos de los turcos; dan la vuelta y siguen durmiendo.) Ahora bien: la gente previsora se daba cuenta de que interesaba mucho la boda de la princesa de Asturias; que no podía ser, como en una familia burguesa, cuestión de sentimiento, ajena á las ingerencias del público. El príncipe consorte convenía que fuese un consejero, con apoyo, un leal amigo para el joven rey, próximo á cumplir la mayor edad y que en mayo del año que comienza ejercerá sus altas funciones personalmente. El príncipe consorte convenía que

...do señalará un momento crítico en la existencia del príncipe de Asturias. Aún puede D. Carlos de Borbón desmentir el mal hado de su regia estirpe destronada, revelar aptitudes, mostrar tolerancias sinceras y captarse simpatías que aquí fácilmente se obtienen, porque en la multitud flota un ansia noble de adherirse á algo y á alguien, de encarnar en alguien los anhelos y las ilusiones de la nacionalidad. El año de 1902 será de prueba para la personalidad del esposo de la princesa hereditaria.

Haciendo el balance del año transcurrido, podemos decir seguramente que en él ha perdido terreno el espíritu de la tradición y lo ha ganado el socialismo, cuya organización progresa.

Las manifestaciones anticlericales revelaron, á mi entender, más que otra cosa, una evolución en la política; las clericales, igualmente, sentido político tuvieron; fueron otro episodio de la lucha entre la España vieja y la España nueva, que la buena voluntad y el honrado propósito de gobiernos verdaderamente patriotas hubiesen podido transformar en paz y armonía, para bien general. Aquí no se trata de ventilar esta cuestión; pero bien puedo repetir que no es signo de nuestra regeneración ni preliminar de nuestra enmienda el romper los vidrios de los conventos, dispersar las procesiones á garrotazos, asistir á ellas con revólver, silbar á los sacerdotes, amedrentar á las religiosas, transformar los signos de amor y dulzura, como el Corazón de Jesús, en bandera de combate. Todo ello paréceme del siglo VII, no del XX, y represivo y funesto en grado sumo. Cuando se piensa que hace tanto tiempo vivimos así; cuando se nota que la misma raíz de la armonía social, la religión, el nudo que debe unir, se convierte aquí, por las pasiones de todos, en el cilicio de agudas puntas que desgarran nuestras carnes, una oleada de pesimismo cubre de sombras el alma... ¿Tendremos redención? ¿Será el año 1902 la puerta de oro de nuestra salud?

* * *

Los cambios con el extranjero, signo fijo de nuestro crédito, déjalos el año 1901 empeorados, á 43 ó 44 por 100. Ahora que para tantos fines nos cumple ver lo que acaece pasado el Pirineo y que no quisiéramos asemejarnos en nada á los de allende el Estrecho, una peseta nuestra ¡no vale ni sesenta céntimos desde la frontera! ¿Qué digo desde la frontera? Aquí mismo; porque son infinitos los artículos que en España tenemos que pagar á razón de franco. Un detalle ignominioso es que en Marruecos mismo, el país de los ochavos, se mira con desdén nuestra pobre peseta española. Hemos llegado á esto: ¡al desprecio de Marruecos! Porque los moritos estarán atrasados; pero hablándose de ochavos abren el ojo, y no en vano tienen cerca á Argelia, y saben que el franco corre á la par en toda Europa, y conocen la solidez imponente de la libra esterlina.

* * *

Otra novedad del año 1901, que debe inscribirse entre sus insignes efemérides: un ministro español se ha resuelto (en lenguaje taurino diríamos *se ha arrancado*) ¡á que los maestros de escuela cobren sus haberes! No seré yo, que estimo siempre el esfuerzo, quien no estime el del ministro de Instrucción pública; pero ¡á cuántas reflexiones se presta el que esto pueda constituir *un esfuerzo!* Estamos en el siglo de la instrucción pública; el XIX luchó por la libertad, el XX trajo por divisa la instrucción; el maestro de escuela, en opinión de los estadistas y de los filósofos, es la columna en que descansan la racionalidad y la nacionalidad... Y á estas alturas, nosotros, ¡misérrimos de nosotros!, tenemos que agradecer á un ministro — y claro es que lo agradeceremos, porque peor era lo de antes — que el maestro de escuela no haya dejado de salir á la plaza pública á tender la mano en demanda de una limosna, y que la caricatura no siga representándole en figura de esqueleto.

* * *

En nuestra marina y en nuestro ejército, ¿qué huella ha marcado el año 1901? Un nuevo amargo desencanto con el dique flotante de Subic; anuncios de terminar pronto cruceros cuyas placas de blindaje he visto esparcidas por el suelo, donde las habían depositado hará diez años, en el Arsenal de Cartagena; el

recrudescimiento de cesos á que da lugar; c. Estas fueron las notas sa. público, no iniciado en secreta mira estos asuntos, ¡naturalmente!, p. y experimenta deseos de tocar y palpar la reorganización.

* * *

El arte ha demostrado alguna vitalidad con los cuadros de Sorolla, y dos ó tres manifestaciones más, dignas de incluirse en el catálogo. Sería, sin embargo, incurrir en indisculpable delito de engaño á los lectores eso que á veces se escucha por ahí de que nuestro atraso en otros respectos está compensado por nuestro vigor artístico. El que haya comparado no podrá dudar: y no achacará nuestra inferioridad, seguramente, á falta de temperamento y de individualidades distinguidas y hasta geniales, sino á esa ley ineludible por la cual, en Marruecos — ya que hoy hemos tomado á Marruecos como ejemplar significativo y Marruecos es de gran actualidad ahora — no puede físicamente surgir un escritor como Tolstói, un escultor como Corpeaux, un retratista como Lehnbach, un músico como Wagner. Consideradas las distancias y tomados en cuenta los antecedentes, proclamemos que en España se cumple esa misma ley. No faltan disposiciones artísticas; les falta á éstas el ambiente.

* * *

El que nos haya mirado desde afuera durante el año 1901 y nos haya juzgado por el número, ó más bien el sinnúmero, de *juegos florales*, creará que esta es la tierra de la poesía y que estamos en la plenitud del romanticismo. Sería preciso, para desengañarle, enterarle de unas cuantas menudencias, entre las cuales figura en primer término el localismo. No es ya la región; es el pueblo, es el pueblecillo, el que desea afirmarse y reconocerse en una fiesta. El cariño al campanario; el deseo de atraer forasteros; el instinto de imitación — causas de la verdadera epidemia de *juegos florales*, que tales proporciones ha adquirido en el pasado año. Epidemia, por cierto, más benigna y culta que la de las corridas de toros. Sin toros pueden hacerse unas fiestas animadísimas: las de Orense lo han probado. Continúen, pues, en 1902 las solemnidades literarias, con discursos á veces admirables, como el de Costa en Salamanca y el de Unamuno en Bilbao, y no reprobemos lo que demuestra siquiera una curiosidad legítima y honrosa: la de escuchar á los hombres cuya palabra encierra gérmenes de vida.

* * *

Resumiendo: el año 1901 ha sido de interinidad, expectación y aplazamiento, con muy frecuentes sacudidas epilépticas, que no han resuelto nada. Huelgas, motines, pedreas, anuncios de sublevación carlista; acrecentamiento pavoroso de la criminalidad; aceleramiento del proceso de disociación que separa al país de lo que oficialmente lo representa; descenso del crédito; elecciones más que nunca artificiosas, fabricadas en el ministerio de la Gobernación, y una especie de compás de espera en el movimiento industrial iniciado después de la pérdida de las colonias, con los capitales procedentes de allí, fueron las señales peculiares de ese año, primero del siglo XX (creo que ya nadie discute la cronología del siglo y que es cosa segura que, en efecto, en enero de 1901 comenzó el siglo).

* * *

Como si la meteorología quisiese atemperarse al estado social, este año 1901 casi no ha tenido un día bueno: por raro caso se ha abonanzado el tiempo; la primavera ha sido agria, tormentoso el verano, lluvioso el otoño, frías relativamente las estaciones todas: el agua ha estropeado la cosecha de uva, el huracán ha destrozado árboles y flores.

Así es que la aurora de 1902 tiene que parecerse jubilosa y esperanzada, aunque sólo sea porque es de otro año, y la fantasía borda siempre, sobre lo desconocido, magníficos recamos y deliciosos arabescos. La propensión al consuelo es un bien, es una virtud: sin ella nos rendiríamos al desaliento infecundo. Que una vez más el año joven nos traiga una canastilla de rosas..., y que con su aroma olvidemos momentáneamente las hojas secas que va hacinando el pasado, al deslizarse las eternas, insaciabiles esperanzas de la patria.

EMILIA PARDO BAZÁN



LOS RÍOS Y EL MAR

EL RÍO PEQUEÑO, EL RÍO GRANDE, EL RÍO MÁXIMO
Y EL OCÉANO

EL RÍO PEQUEÑO. - Nací de una humilde fuente. Corrí primero entre zarzas y malezas, después por un ameno valle entre frescos y frondosos álamos. Me alegré y anduve alborozado luego que por una y otra márgenes hube recibido dos bulliciosos arroyuelos. Caminaba tan quedo que no se me oía, cuando de improviso caí en una hondonada. «¡Oh qué hermoso!» exclamaron los que me vieron. Caí en uno como tazón y por los bordes me derramé en otro, del cual bajé a menudos chorros que parecían hilos de plata.

Pasé después bajo una bóveda de árboles entrela-

zados á través de la cual jugueteaban los rayos del sol sobre mis claras y transparentes aguas.

A poco dí con otro despeñadero. Me derrumbé de considerable altura, formando un pequeño mar con su pequeño oleaje. También entonces oí lisonjeras palabras. «¡Qué bella cascada!» decían unos. «¡Qué galano hemicíclo!» decían otros. «Ese mar con rompientes, decían algunos, es delicioso.»

Salí y bajé entre chopos con mansa corriente, hasta que dividido en dos entré por dos puentes en un lugar poblado de robustísima arboleda, donde por todas partes caía á saltos y hacía oír mi voz como si fuera un poderoso río.

Reuniéronse á poco mis aguas casi al borde de otro derrumbadero, del cual me precipité entre dos masas de granito con fragoroso estrépito. Allí no se decía ya «¡qué bello!» sino «¡qué sublime!» Pasé como un velo por la boca de una gruta, batí con ira una peña que me salió al paso, y después de haber formado una estrecha y verdosa laguna recorrí mi tranquilo curso.

Aquí me ahociné, allí explayé mis aguas; aquí anduve entre breñas, allí entre cañas que movía el viento; aquí fuí recto como una saeta, allí tortuoso como una serpiente.

¡Qué va á ser de mí ahora!

EL RÍO GRANDE. - Ven, fatigado río, á entrar en mi seno. Correremos los dos por un mismo cauce y una será nuestra suerte. Juntos ofreceremos nuestras aguas á los labradores para el cultivo de los campos; juntos las ofreceremos á los industriales para el movimiento de sus molinos, sus talleres y sus fábricas; juntos apagaremos en villas y ciudades la sed de los sedientos.

EL RÍO PEQUEÑO. - Y ¿mi nombre?

EL RÍO GRANDE. - Tu nombre será el mío. Toma el del marido en muchos pueblos la mujer que se casa.

EL RÍO PEQUEÑO. - ¿Soy acaso mujer?

EL RÍO GRANDE. - Como la mujer eres débil. ¿Qué son tus aguas en comparación con las mías?

EL RÍO PEQUEÑO. - Buenas son como las tuyas. Yo también regué campos y moví fábricas y molinos.

EL RÍO GRANDE. - Juntos seremos más útiles. Disponremos de mayor fuerza.

EL RÍO PEQUEÑO. - ¡Triste suerte la mía!

EL RÍO GRANDE. - Triste ó alegre has de conlleva. Es ley de la naturaleza que lo grande devore lo chico.

EL RÍO PEQUEÑO. - Ley injusta.

EL RÍO GRANDE. - No es de prudentes rebelarse contra lo irresistible. Calla y entra en mi lecho.

EL RÍO PEQUEÑO. - En tu lecho de muerte.

EL RÍO GRANDE. - Soy ya grande. Con pocos afluentes más que recoja seré el rey de los ríos. Ved cómo se ensanchan mis riberas y se ahonda mi cauce. Bajo veloz por las vertientes de los cerros: ¡ay del que me resista!

Mas ¿qué miro? Se turba el aire, se encapota el cielo, enciende el relámpago las nubes, retumba el trueno, hincha y desborda la lluvia los torrentes y no puedo ya con las aguas que recibo. Guardaos de mí, pueblos que habitáis en mis orillas. Deberé pronto salvar mis márgenes é inundar vuestras llanuras. Abatiré árboles, romperé puentes, borraré vuestros caminos y ¡ay! tal vez arrastre en mi precipitado curso las cunas de vuestros hijos.

No soy dueño de mí, pueblos: también yo soy víctima del fatalismo de la naturaleza.

Como caballo sin freno salto. Cubren las tinieblas el mundo y yo la tierra.

¡Qué dolor! Lo arraso todo en mi vertiginosa carrera: aquí árboles, allí cabañas, acullá aldeas y villas. A todo y á todos llevo el espanto, la desolación, la muerte. No me maldigáis, pueblos; obro sin querer como el huracán, el terremoto, el rayo. Ni vosotros podéis atajar mis pasos ni yo contenerlos...

¡Ah! La tormenta amaina. Entre desgarradas nubes descubro el azul del cielo. Brilla en la obscuridad el arco iris con sus bellos colores; azota menuda lluvia mis turbulentas aguas. ¡Que no pueda yo recogerme á mi antiguo lecho! No oigo sino gemidos y mal-

diciones, no veo sino rostros surcados de lágrimas... ¡Cuán trabajosamente he vuelto á mi cauce! Voy ya sosegado, pero rojo cual si me hubiera convertido en sangre...

Mucho he debido correr durante la borrasca. Veo una ciudad que por sus altas torres y soberbias cúpulas debe ser poderosa. Voy á cruzarla.

EL RÍO MÁXIMO. - No cruzarás sino uno de sus arrabales: lo cruzarás conmigo. Ha llegado la hora de que pierdas tu personalidad y tu nombre y confundas tus aguas con las mías.

EL RÍO GRANDE. - Soy grande.

EL RÍO MÁXIMO. - Más lo soy yo. Bajo del Norte devorando leguas; recorrida llevo la mitad del reino. He engruesado mi caudal con multitud de ríos, de arroyos, de torrentes. Sobrellevo almadías y buques.

Terribles son mis avenidas. ¿Crees que hay algo que me detenga ni me corte el paso?

EL RÍO GRANDE. - Y ¿lo celebras?

EL RÍO MÁXIMO. - Enseño á los engréidos hombres lo que valgo. Inundo y esterilizo sus campos, derribo sus más añosos árboles, rompo sus viejos puentes, arrastro en mi violento curso el trigo de sus trojes, las mulas de sus pesebres, los niños que más quieren y hallo dormidos en sus cunas de pino. Aun sus casas arrebato.

EL RÍO GRANDE. - Y ¿no lo sientes?

EL RÍO MÁXIMO. - ¿Los daño yo más que sus ejércitos y sus reyes?

EL RÍO GRANDE. - Te consideras rey.

EL RÍO MÁXIMO. - Rey soy á juzgar por los montes y sierras que me dan en tributo sus aguas. En tributo me dan las tuyas los inmediatos cerros. Ven á mi cauce.

EL RÍO GRANDE. - Domina la fuerza el mundo. ¡Que haya de juntar yo mis aguas con las de un tirano!

EL RÍO MÁXIMO. - ¡Cuán feliz soy! De día en día mi caudal crece, mi cauce se ensancha, mi poder aumenta. Infundo cada día á los mortales mayor respeto. ¿Por qué me contemplarán? ¡Ah! Saben cuán corta es su existencia, cuán larga la mía. Duran ellos años y yo siglos. ¿Quién es capaz de definir la edad en que empezaron á fluir mis aguas? ¿Quién de predecir la época en que el terremoto ú otra fuerza las extinga?

Me respetarían aún más los hombres si consideraran los siglos que corren de día y de noche mis aguas sin que jamás se agoten. Contémplame, hombre, y envidia mi suerte. Apenas paso por villa ni lugar en que no doblen las campanas por la muerte de alguno de tus deudos; y yo seguiré mi viaje interín doblen por la de tus últimos descendientes.

Mas ¿qué veo allá á lo lejos? Otra mole de aguas que llenan todo el horizonte. Son entre azules y verdes. Se agitan sin cesar y sin cesar se encrepan. ¿Por qué baten con ira las rocas levantando montes de espuma? ¿Qué serán aquellas olas que avanzan en línea como un ejército?

Sus rugidos me espantan. Deteneos, aguas mías, hasta que conozcamos adónde nos lleva el destino.

EL OCÉANO. - Imposible. Soy el mar. Soy el que recojo las aguas de todos los ríos del mundo. Desde que nacéis bajáis todos sin descanso á buscar en mí el reposo que jamás tuvisteis. Te vanagloriaste hace poco de las aguas que de valles y cerros recibiste: en una de mis copas cabrían todas las que traes. Yo soy el eterno; yo soy el dispensador de la vida y la muerte. Entra.

EL RÍO MÁXIMO. - ¡Desdichado de mí! Yo que esperaba que no me faltase nunca tierra por donde corriese. Ese es entonces mi sepulcro.

EL OCÉANO. - Tu sepulcro no; tu nueva vida. Juntas tus aguas y las mías engendrarán nubes que, deshechas en lluvia, en nieve, en granizo, mantendrán los manantiales y las fuentes que te engendraron y engrosarán los arroyos y los torrentes que te dieron en tributo.

La muerte es en todos los órdenes de seres renovación de vida.

F. PI Y MARGALL.

(Dibujo de José María Marqués.)



AIRES NACIONALES

LA JOTA VALENCIANA

Como á la guitarra andaluza, á la valenciana púlsale las cuerdas un rayo de sol brotado en Oriente. Sólo que el rayo de sol que caldea la primera cae sobre su caja por entre las junturas de la celosía, viene del patio silencioso; mientras el que enciende la segunda se desploma, al aire libre, del cielo turquí que cobija el desierto.

La odalisca cogería entre sus manos para cantar sus kásidas lánguidas la guitarra andaluza; el camellero pondría sus dedos de cobre en la guitarra valenciana.

La guitarra andaluza es la guitarra de los ayes, de los suspiros, de la melancolía, de las veladas de amor en los harenos de Zatre; la guitarra valenciana es la guitarra de los ímpetus, de los únisonos, de la fiera, de las noches de luna ante la tienda nómada en los arenales de Libia.

La guitarra andaluza es árabe, la valenciana es berebere.

He ahí la diferencia entre las dos hermanas.

El canto de la guitarra valenciana es la jota, himno al caballo que vuela y al jinete que descincha al galope.

La jota valenciana debió de nacer entre las chumberas del Atlas, en los días felices de la independencia, en que las feroces bereberes, refractarias á todo progreso, aún no habían sido sojuzgadas por los árabes. Con ellos vinieron á nuestra península y á ella trajeron la jota, pura siempre, fiel á la leyenda salvaje, vengativa, vibrante, que no traduce amores de harén, sino pasiones á la faz de la tribu, de mujeres bravías que no se tapan el rostro con el manto.

La jota valenciana representa á través de los siglos este espíritu primitivo é histórico del africano antiguo.

Pasó su dominación; el viento de muchas centurias esparció el polvo de los conquistadores, y queda como secuela heredada de los aborígenes, de los primeros moros, de las masas de almoravides y almohades esa gota de fuego que se llama la jota valenciana, en la que toda una región sigue vertiendo la ternura altiva traída bajo el jaique.

La dulzaina y el tamboril, ella aguda, él bronco, comparten con la guitarra el favor del campesino valenciano.

Hoy, que el cosmopolitismo moderno borra por desgracia tipos y costumbres locales, los tocadores visten el traje de todas partes, chaqueta y sombrero; pero cuando aún usaban la ropa tradicional, los blancos zaragüelles y la media blanca, el gorro blanco y la manta con los colores del iris terciada sobre el cuello y cayendo á ambos lados por el pecho, resultarían los músicos los heraldos de una tribu berberisca convocando á las armas á los hombres, llamando á la guerra santa lejana contra los enemigos de Alá. Su misión actual es de paz.

Un día entonan su dúo, dúo de aviso, y respondiendo al punto de atención, revelador de la época de las fiestas, de que llegó el momento de sacar en procesión á la Virgen, brotan en los campos de verde intenso de cacahuete y en los húme-

dos arrozales de leguas de extensión cien charangas en otros tantos pueblos.

El pueblo valenciano tiene también su fiesta de una *marionette*.

Por parejas, vestidos con túnicas floreadas, repiqueteando las castañuelas, atraviesan la ciudad los enanos, seguidos de una muchedumbre que les aclama. Sus cabezas de cartón son enormes, monstruosas, descomunales, todas cómicas, cabezas de imbécil, de macrocéfalo. En pos suyo van la dulzaina y el tamboril, tocando una marcha viva de ritmo humorístico, bailable, al son de la cual, entre la algazara de la gente, los respetables hombrecillos de la botarga, con sus hinchados mofetes y sus ojos saltones, danzan andando sin dar paz á los palillos. Diríase que de la dulzaina y el tamboril rebosa también el júbilo, el buen humor. La dulzaina suelta unos calderones que se quedan temblando en el aire, y el tamboril, por no ser menos, descarga unos redobles que aturden.

Hay función de iglesia con predicador, hay jota por todo lo alto en la plaza, habrá toros y traca... ¡Tocad, tocad, dulzainero y tamborilero, y venid aquí á servir de damas de honor á los señores enanos, garridas *chiquetas* de las medias rojas y de las alpargatas blancas!

Blanquísima, como si estuviera hecha con nieve recién caída, con su tejado muy agudo, de cañizo, que corona en el vértice una crucecita de palitroques, se yergue la barraca, una de tantas de la bandada de palomas posada en la huerta. Tiene sobre la entrada un dosel de pámpanos, y bajo este toldo de la parra se abre la puerta que enseña bruñidos de cacerolas y resplandores de azulejos. Delante de la fachada, aposentados en sillas de paja los convidados, ellas con sus pañuelos de colores cruzando el seno y su agujas de filigrana en el rodete, y ellos en mangas de camisa y alguno con la manta á cuestras. Entre el concurso hay aristocracia huertana, dos sanguíneos jueces de las aguas de pelo blanco. Tres ó cuatro mozos tañen las guitarras, y una pareja, la muchacha trigueña y su galán atezado, baila la jota valenciana, mientras á un lado de la casa, la dueña, una labradora con fama de guisandera, pergeña la clásica paella en una monumental perola, á la que no cesan de hacer el amor las gallinas. Se celebra algo, boda, bautizo, buena nueva, ¡qué sé yo!; pero ese es el cuadro de la jota.

La jota valenciana es un canto del poema de la huerta.

Cantos de este poema son también el miquelete, las naranjas, la barraca, la paella, la escopeta y la traca.

Preguntad ahora á un huertano cuál prefiere, y os responderá con los ojos brillantes que una traca, con tantos quintales de pólvora, que al inflamarse parezca que han chocado los astros unos con otros!

ALFONSO PÉREZ NIEVA.

(Dibujo de N. Beut.)





AIRES NACIONALES

LA SARDANA AMPURDANESA

Es clásica, es helénica, ha venido sin duda á los ampurdaneses valles con las naos rodias ó focenses, trayéndose á través del *mare nostrum*, el lago sagrado de las hazañas antiguas, aquel espíritu inmortal de la belleza que todavía anima al mundo.

La sardana es el *pxan* griego, danza á la vez victoriosa y agradecida, de triunfo y acatamiento, con gravedades religiosas y candidades arcádicas. En sus figuras suaves y acompasadas preside una elegancia exquisita, aborigen.

El ritmo es sobrio, puro, parco, una manifestación más, otro rayo del primitivo haz de luz de la hermosura que constituyó el alma del pueblo artista.

En la sardana hay apresuramientos, vivacidades, giros veloces y gallardos, pero predominando siempre queda la armonía del conjunto, la suprema ley apolina.

En una feliz mañana que ha dejado en nuestros anales el reflejo de su aurora tradicional, desembarcaban en las costas catalanas puñados de aventureros lanzados al mar en busca de nuevos horizontes. ¡Hermoso país el que descubrieron, no menos fértil que el que dejaban! tierra virgen que les ofrecía todo el amor sin desflorar de su seno. Y en la tierra, la primera pasión instintiva del hombre, culto de hijo, debieron de pensar al poner sus plantas en el desconocido suelo. Venían de las islas privilegiadas en que la naturaleza era diosa; aquí, donde concluían las olas, estaba el inexplorado terrón fecundo que había que poner bajo el amparo de la divinidad; se imponía una terminalia, y los atrevidos isleños jónicos bailaron en honor á Ceres, que enseña á cultivar el campo y á sembrar el trigo. Y nació la sardana.

Tiene la sardana un momento en que se cree oír en medio del amplio corro la flauta de Pan.

Todo permanece suspenso en ese delicioso instante.

La charanga enmudece, los bailarines se quedan inmóviles.

Es un éxtasis que pasa, como la salutación sin palabras ni sonidos al hálito de la tierra enardecida por el trotar de la danza.

El clásico antropomorfismo helénico parece transmitirse de mano en mano y de pecho en pecho.

Fauno y Silvano van á meterse en el círculo y se disponen á coger á las mujeres por la cintura.

El caramillo sigue con sus trinos. Pero á poco, el solo se apaga, la racha de sensualidad anacreóntica se extingue, la música reanuda sus compases, la sardana continúa — pura y cándida...

La sardana es democrática, alternan en ella la menestrala con la señorita, el payés con el señor.

Allí no hay clases en el gran corro, todos son unos, corazones que laten al unísono con el amor regional, piernas que danzan por instinto.

Los jonios que en España colonizaron trajeron sus instituciones republicanas, vivie-

ron autónomos entre sí. Este espíritu amplio, espíritu del pueblo, ¿no prueba el origen helénico de la sardana?

**

El pueblo arde con la alegría de la fiesta mayor, y en la plaza, ante un público «de cabezas de amapola» que invade los soportales de las casas, se baila la fraternal sardana, que no excluye en su anillo de carne el payés de barretina y alpargatas llegado de la masía, junto al alcalde, muy tirado de traje de señorío.

La charanga alborota con sus requintos, cornetines y bombardinos, volcando por sus bocas de metal un aire vivo y cadencioso, que repite una y otra vez el mismo motivo, y el coro de danzarines se dilata, se ensancha, se estrecha, disminuye, descompone su cadena, las figuras se desenlazan, huyen, vuelven á unirse, y sin perder el compás, el remolino se convierte en un oleaje sujeto á ritmo.

De cuando en cuando hay una pausa. La banda guarda silencio y queda solo vibrando uno de los instrumentos, cuatro notas de pífano que paraliza todos los pies y extasia todos los rostros. Diríase el canto de un pájaro desde una rama, el trino de un ave al buen tiempo, una voz del campo que viene de allá lejos, de las praderas hermanas que el mistral orea, y al cabo la orquesta torna á recobrar su supremacía, y la rueda de hombres y mujeres vuelve á ondular incansable, terminado el paréntesis reflexivo, con sus aléteos de farándula, encendidos ya los semblantes con el arbol del entusiasmo, de la agitación, de la fuerza, de la placentera dicha bucólica.

**

Las espaldas anchas, el seno prominente, la entrada de la pierna que enseña la falda corta, recia y á la vez fina, la aurora en la cara y la primavera de la vida en toda la persona. Contará los diez y ocho años, unos diez y ocho años fuertes, como desarrollados en la plena montaña, al amor de la naturaleza, en la masía que se saben de memoria el viento y la nieve.

Es la *noya* que con más arte y gallardía baila la sardana en ocho leguas á la redonda, es el alma de las sardanas.

Sus pies, calzados con la alpargata de cáñamo que descubre la media, no se cansan nunca, ni su cuerpo de estatua, helénico como la danza, tiene quien le iguale en majestad y en ligereza. Se desliza, no pisa.

Los mozos la acosan, pero no hay más que un *noy* que haya conseguido sus miradas: su pareja de la sardana.

Por la sardana le conoció y por la sardana le quiere.

**

La sardana es pagana y se mantiene fiel á su origen.

Y para que no pierda esa levadura helénica, sagrado rastro de raza transmitido con el baile aborigen, subsiste flotando como una bandera que agita el ritmo de la danza el gorro frigio convertido en la roja barretina, corona del traje regional que la sardana hará perdurable, ¡el símbolo de Grecial!

ALFONSO PÉREZ NIEVA.

(Dibujo de Mas y Fondevila.)

El corro de danzarines se dilata, se ensancha...



EL SOBRINO SUAVE

Le llamaban así los otros tres sobrinos de D. Jenaro.

D. Jenaro era solterón, tenía setenta años, poseía una gran fortuna y toda su familia se reducía á cuatro sobrinos, de los cuales tres no vivían sino para desear la muerte de su tío.

Verdad es que el tío no merecía vivir, ¡porque para la vida que se daba!

Muy miserable, muy avaro, de nada le servían sus millones; para él se hizo aquel refrán que dice: *Asno de Arcadia, lleno de oro y come paja.*

Tenía en su casa todas las comodidades posibles, por ser su habitación un antiguo palacio heredado de sus padres, tan ricos y tan miserables como él. Pero á mi D. Jenaro le bastaba para ser dichoso su catre de tijera y su sillón de vaqueta.

La bodega la tenía llena de lo mejor que produjeran las viñas de Sanlúcar, y en ella había un amontillado que era un ámbar; pero el viejo solterón no bebía más que agua, y su ruindad era tal, que no abriera una botella de aquel néctar por nada del mundo.

Corrió la voz de que iba á testar en favor de la Iglesia; y los cuatro sobrinos pusieron el grito en el cielo.

Habían estado pensando en la herencia, ¡y ahora les salían con eso!

De los cuatro, tres eran violentísimos, y aunque no lo hubieran sido se volvieran tales al anuncio de tan estupenda noticia; el cuarto era de natural dulce, de condición humilde; le llamaban los demás y su mismo tío *el suave*, y lo era.

No era el tío Jenaro hombre de achicarse ante la actitud hostil que tomaron los tres sobrinos mayores. El día en que fueron á verle y le *exigieron* que hiciera testamento en favor de sus herederos legítimos, les envió á paseo.

— ¡Cómo! ¡Querer forzar mi voluntad!

— ¡Sí, señor! En vez de dejar este palacio y las otras fincas á los pobres ó á la Iglesia, estamos aquí nosotros para recibir lo que legalmente nos corresponde.

— ¿Qué queréis? ¿Matarme de un disgusto? ¡Pues no estoy de ese humor! ¡Fuera de aquí! ¡A la calle!

Todavía no he hecho testamento, á pesar de que vosotros creéis lo contrario; pero ahora es cuando voy á hacerlo como me dé la gana... ¡Hemos concluido!

* *

Se fueron, alborotando por las escaleras, y D. Jenaro le dijo á su ama de llaves:

— ¿Has visto cosa igual? No falta más sino que ahora venga el otro, Miguelito, con la misma exigencia...

— Miguelito, señor, según me dijeron ayer, está malo.

— ¿Y qué tiene?

— No lo sé.

— Ve á preguntar por él, y con tu habilidad y tu conocimiento de la familia averigua si está en las mismas malas disposiciones que esos pícaros.

La fiel Ramona se fué, y volvió al poco rato diciendo:

— El señorito Miguel va á venir; pero advirtiéndome que estará muy poco rato, porque aquí es donde se pone malo siempre que viene.

— ¡Hola!

Y en efecto, vino Miguel, muy humilde y muy respetuoso.

— ¿Cómo está usted, tío Jenaro?

— Así ando, con este reuma... ¿No sabes lo que me ha pasado con tus hermanos?

— No sé nada, ni me meto en nada. Lo que sé es que venir á verle á usted es pedir pasaporte para el cementerio.

— ¿Qué dices?

— Que usted no lo nota, por lo visto; pero esta casa es húmeda.

— ¿Una casa tan antigua?

— Sí, señor, antigua es; pero como tiene al lado la fábrica y el salto de agua...

— ¡Ah!

— Me ha dicho el médico que aquí se coge el reuma sin sentirlo, y además que un día va á estallar la caldera de vapor...

— ¡Demonio!

— Además... — esto me lo ha dicho el arquitecto Pérez — la casa amenaza ruina.

— ¡Eh!

— Usted, por no gastar, no ha querido hacerla reconocer; pero por el lado donde usted duerme, la casa se desmorona. Y como yo tengo muchos años por

delante, no estoy de humor de quedar aquí aplastado como una cucaracha.

— ¿Qué me dices, Miguelito?

— Lo que usted oye. ¿De qué se quejan mis hermanos? ¿De que piensa usted legar este caserón á la Beneficencia? Yo creo que hace usted muy bien, y cuanto antes, mejor.

— ¿Crees tú?..

— Sí, señor. No está usted tan viejo como parece. Múdese usted á una casa barata, sana, seca, y déjeles usted ésta á mis hermanos, ó á los pobres, ó al diablo, porque — y esto me lo ha dicho el doctor Aquino, que es un sabio — vivir aquí es tener la existencia en peligro á todas horas.

— ¡Ramona!

Y D. Jenaro, aterrado, porque tenía mucho apego á la vida, comenzó á tomar disposiciones para lo porvenir; mientras Miguelito, tosiendo y haciendo como que temblaba de frío, dijo:

— Mire usted, tío Jenaro, yo gano más de dos mil reales al mes con mis comisiones de comercio; tengo doble casa de la que necesito... Véngase usted á vivir conmigo. Le cuidaré á usted, le administraré á usted gratis las fincas, y haremos juntos ese testamento, dejando á los desgraciados lo que les hace más falta que á usted y á mis hermanos y á mí. ¡Y á mi lado no tendrá usted que gastar nada!

¡Qué proposición para un avaro! Salvar la pelleja, vivir de balde...

* *

A los ocho días estaba D. Jenaro instalado en casa de su sobrino, y al año le dió una pulmonía al cruzar un pasillo que era una nevera; y como vió que se moría por la posta, entonces fué cuando hizo de prisa y corriendo el testamento, que apenas tenía hoja y media de letra menuda.

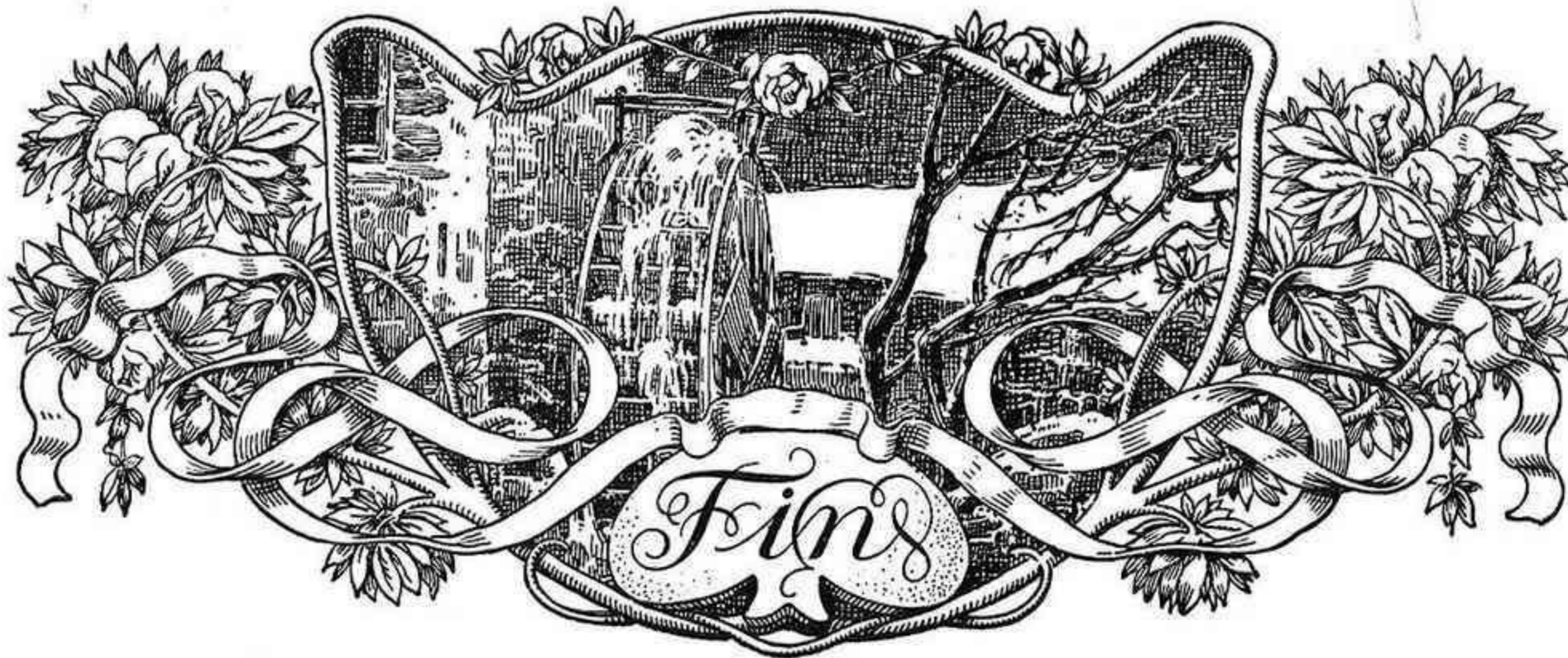
«Dejo heredero universal de mis bienes á mi sobrino D. Miguel, que se ha portado conmigo como un hijo.»

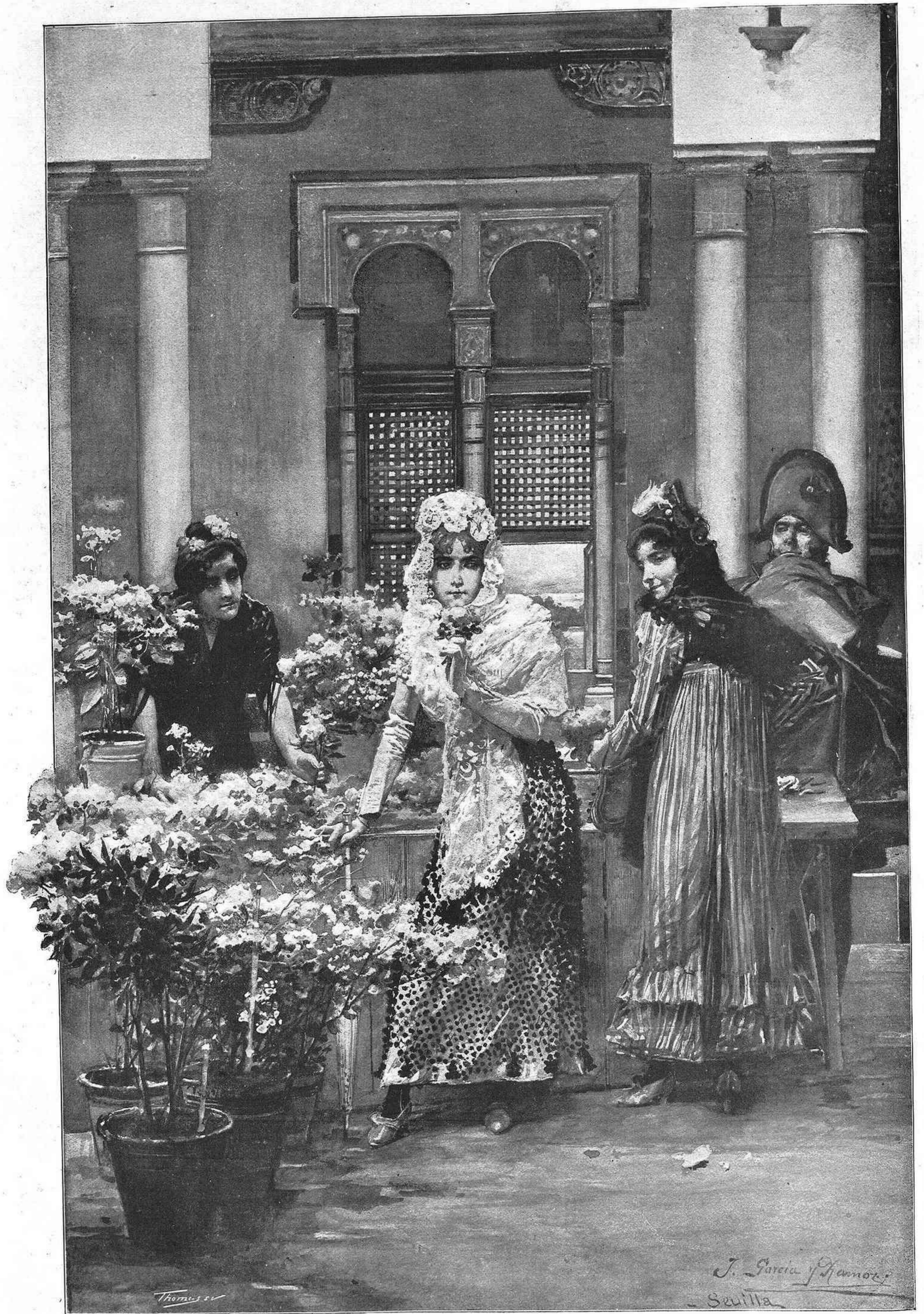
Y cuando los otros sobrinos, muertos de envidia, fueron á darle la enhorabuena, les dijo la vieja Ramona:

— Don Miguel es muy listo... Mientras ustedes atacaban la plaza de frente, él la atacó de flanco, y á lo que ha hecho lo llaman en mi tierra ¡sacarle al prójimo el alma de pecado!..

EUSEBIO BLASCO.

(Dibujos de Triadó.)





MERCADO DE FLORES (SIGLO XIX), dibujo de J. Garcia y Ramos



AIRES NACIONALES

LA GAITA GALLEGA

Es el instrumento primitivo de la gran emigración aria. Aquellas tribus asiáticas que con sus mujeres y sus ganados amanecieron un día en los valles galaicos, saludaron con la gaita su primera aurora en el país nuevo. Era una tierra igual á la que dejaban, la naturaleza cándida y adolescente, las selvas vírgenes de la formación del planeta, el agua dondequiera, la eterna guía y ayuda del que viaja; y agradecidos á su próspera fortuna, entonaron un coro de alabanzas que el sol acompañó hinchado por la ternura.

Esta pureza originaria da á la gaita su carácter idílico. Pasaron los arcádicos tiempos, pero quedó ella llena de su ingenua poesía, con sus sonatas suaves y dulces, reflejo de la vida natural no turbada por el hábito de infierno de la civilización. Sus cantos son todavía castos aunque apasionados; nacieron sus notas de los amores instintivos y pastorales, del placer satisfecho, de los abrazos de los jóvenes rendidos, de las primeras caricias bajo los castaños, de toda una felicidad inconsciente, sin otras nubes que las luchas del cielo. Los siglos han ido desgastando poco á poco esa sencillez primitiva, pero no han podido quitar á la gaita su ternura aborigen, el sentimiento tranquilo que invadió prehistóricamente su fuelle suspirante. Suena, sin embargo, melancólica, con cadencias de tristeza, como si tuviera conciencia de que hoy la infla la nostalgia de los recuerdos y que es algo que para siempre se perdió.

Esa misma antigüedad hace algo *impersonal* á la gaita. No es un instrumento de una región, sino de una raza. Los primeros hombres que emigraron necesitaron cantar por el camino; y hombres viajeros, su canto no pudo localizarse, debió de ser íntimo y subjetivo, el canto del soñar errante, y crearon la gaita, que no deja de soñar aunque se aparten los labios de la boquilla, que gusta de la soledad al aire libre, que imita á las alondras al nacer el día y á los arroyos al ponerse el sol. Las notas agudas son suspiros de brisa que pasa por el maíz, sus notas graves son las quejas de los pinos, sus notas broncas del roncón son los ruidos de un *Angelus* que salmodia la tierra al recogerse al anochecer.

La gaita gallega carece de una tradición heroica, como la de la dulzaina castellana que acaso resonó en la reconquista, ó como la guitarra andaluza que pulsaran los árabes, ó como el guitarrillo aragonés que peleó contra los gabachos. La leyenda de la gaita gallega es la de todas las gaitas, la leyenda de las montañas, del roble sagrado, del laurel clásico, de las hadas de los lagos altos, de las escondidas dichas ana-

creónticas. La gaita gallega es la misma asturiana, es la piamontesa, es la escocesa, es el espíritu celta inmortal tocado del universalismo de los sentimientos, que canta la naturaleza sin las parcelas de las nacionalidades. Ossián no es sólo escandinavo, vive donde gima una gaita. La musa gaélica deja oír iguales alboradas al pie del Pirineo, que de los Alpes ó del Galles; es la voz de la *xana* de las cañadas amando en las praderas.

Mozas y mozos bailan la tradicional muñeira, en una explanada del robledal en cuya cúspide alborota la esquila de la romería. En todos los rostros resplandece una gravedad reflexiva, la que deja el recogimiento. Su danza tiene algo del extático panteísmo. Giran, se vuelven, se saludan con atención ensimismada. Practican una ceremonia; los viejos troncos que les rodean son aras. Sin que se den cuenta de ello, la levadura céltica de profundo amor al campo, transmitida de generación en generación, de íntimo respeto á las fuerzas vivas de la naturaleza, les mueve los pies con la parsimonia de una práctica de rito. Ofician en el templo de los seculares árboles sumisos á la voz de su órgano, de la gaita, que bajo un castañón lanza sus cadencias de oboe á los bailarines y á su vez toma parte en las figuras bailando ella, y cuando el culto ha expirado en un grito gutural con que se invoca y se saluda quizá á los manes de los antepasados flotantes en el aire, la gaita sostiene un último calderón bronco para volver á reanudar después el motivo de la muñeira. Es un cuadro bíblico, de la vida patriarcal. Trasladadlo á un palimpsesto y resultará una página del *Antiguo Testamento*.

Para saber lo que es una gaita hay que oír las alboradas gallegas, pero fuera del tumulto de la romería, en la quietud del campo desierto. Famosas son las alboradas de la región. La musa gallega ama con delirio la salida del sol. Las alboradas de su gaita encierran todos los balbuceos de la aurora sorprendidos por la música. Es digno de notarse que el gallego que se muere en la ausencia de tristeza, no canta al crepúsculo vespertino, sino al nacimiento del día. Es la suya una melancolía fuerte que no le impide alejarse de su valle natal en la lucha de la vida. Deja en la tierra la mujer, el lar ó los recuerdos; sigue el huracán de miseria que le empuja á la emigración, pero se lleva una reliquia protectora, la gaita. Y cuando en las horas de desaliento, perdido en el océano de hierba, se siente agonizar en el último rincón de las pampas, le basta oír la voz de la gaita tocando una de sus alboradas queridas para volver á esperar en el «algún día» del definitivo regreso.

En todos los regimientos constituidos por soldados gallegos ó asturianos hay una gaita. En todos los transatlánticos de emigrantes galaicos ó astures hay una gaita. En todas las colonias de hijos del trabajo de ambas regiones en las grandes capitales hay una gaita. Esa gaita es la golondrina que les hace volver.

Tocad la gaita ante la tumba de Virgilio, y le veréis resucitar exclamando enajenado: «¿Son mis *Geórgicas*?»

ALFONSO PÉREZ NIEVA.

(Dibujo de Alfredo Souto.)

Alfredo Souto. 1901.



AIRES NACIONALES

LA GUITARRA ANDALUZA

Por singular y no explicado contraste, el pueblo clásico de la alegría en nuestro país, el andaluz, al cantar deslíe su alma en la tristeza. El cielo azul, las casas blancas, las rejas verdes, la copla negra, la guitarra sombría. Su sol de fuego dora la campiña metiéndose por todos los poros de la tierra, enciende una estrella en cada flor de azahar y una llama en cada naranja madura, bruñe las chumberas, broncea las pitas, enrojece las pasas, por dondequiera brota la exuberancia de la plenitud, y tanta vida se diluye luego en una copla que es un gemido y en un arpegio que es una queja. La guitarra inicia un acorde largo, bronco, fuerte, al unísono, y un ay prolongado viene a caer sobre las notas, un ay que tiene el valor de algo que se desploma vencido por el dolor, y sigue la malagueña sentidísima que exhala la pena de un cariño callado, de una pasión no comprendida, ó la soleá llena de la desesperación, del desengaño, ó la carcelera henchida de las intimidades del presidio ó la playera que trae á la memoria el mar sereno y soñador. El cementerio ocupa siempre un primer término en la musa popular andaluza. Rebosando vigor cuanto la rodea, ella canta á la muerte. Y canta así porque rinde culto al amor instintivo de los andaluces á la soledad, que es melancólica porque invita á la meditación, á los recuerdos.

Es una herencia de raza. Ocho siglos de fatalismo musulmán han dejado esa huella en la sangre andaluza. El árabe, aparte el nómada del desierto, á pesar de ser el hijo por excelencia del sol, es el menos expansivo de cuantos hombres pueblan la tierra. Adora al sol hasta el sabeísmo, pero quisiera tenerlo en la linterna de una alta torre que llegara hasta el astro, en que lo viera él solo. Es su ley histórica: el aislamiento. Fuera, en la calle, nada. Paredones lisos, callejones oscuros, el fango en los pisos. Dentro, tras los discretos muros, los arcos llenos de alicatados, los patios con olorosos arrayanes, las salas de techos esmaltados de oro, las mujeres hermosas, las veladas poéticas, el lujo y el placer. Sus sucesores, á través de los siglos, resultan con la misma característica, con igual tendencia al apartamiento. La mujer árabe tenía en su aposento, si las tenía, altas las ventanas. La andaluza tiene en su reja una celosía detrás de la que vive. Siempre el retiro silencioso, algo claustral procurando ocultar á las miradas curiosas: el misterio.

Cualidades tales tenían que dar por resultado en el sensualismo árabe la copla, la guitarra y el baile transmitidos á los andaluces. El misterio les ha hecho nacer, del misterio se nutren y el misterio les da su voluptuosa tristeza. La malagueña, la soleá, la petenera, con su media voz suspirante están creadas para el lugar cerrado que recoge los ecos como un tesoro; el arpegio de la guitarra, piano y suave, á veces una nota sola, no se compadecen con la amplitud del aire libre; la danza lánguida y dulce pide la discreta sombra, el recogimiento del patio tranquilo.

¡Ah, sí, la guitarra, la andaluza guitarra, trasplanta da un día con las palmas y los naranjos por los orientales alquiceles, la que repercutió en los patios de Medina Azahara en las abderramánicas fiestas, continúa fiel á su tradición amorosa, sigue siendo la cenobita de un pueblo que canta sus tristezas al son de sus cuerdas en la quietud de las noches de luna!

Cae la tarde. Bajo el porche de parra del cortijo, bebiendo el reposo de la hora augusta, sentadas en los poyos de piedra están la guapa y cuarentona due-

ña del cortijo con otras matronas de los lagares próximos, la hija de la cortijera, una morena pálida y varias muchachas de las labores próximas. Los hombres se agrupan juntos, tocando uno de ellos la guitarra. Todo el anochecer escucha.

De los hombres el tocador es el que hace el gasto cantando, de las mujeres la hija de la cortijera. Si los ojos del uno yendo á buscar los de la otra, no fueran bastante elocuentes para revelar una pasión mutua, la descubrirían las coplas. Siguiendo la costumbre campesina, cada copla de él es una pregunta ó un ruego, cada copla de ella una respuesta ó una afirmación. No se nombran en las coplas, son éstas de las nacidas al calor del pueblo; pero ya sabe ella á quién se refieren en el presente caso las quejas de las malagueñas de él, y él los suspiros de las soleares de ella. Los oyentes jalean á los cantadores, que apuran su memoria en tan interesante justa de ingenio, y el torneo se prolonga, sin que cada uno de sus mantenedores se dé por vencido, mientras la guitarra del galanteador suena y suena en un rasgueo frenético, á la vez que las muchachas se ríen y los compañeros de labranza gritan: «¡Otra! ¡otra!»

La hora de cenar corta la velada campestre. Cada cual á su casa por las sendas abiertas entre los olivares. En la noche serena se queda flotando algo ardiente, como si las coplas amorosas se hubieran esparcido por el aire, y hasta el domingo próximo enmudece la guitarra que encierra en su caja la felicidad de dos seres y que va á representar en aquella aproximación de dos almas el dulce papel de la intermediaria.

La escena en un café cantante. Sobre un tabladi- llo dos hombres afeitados, de chaqueta corta, y una mujer de pañuelo de crespón grana que hace resaltar la tez oscura y los ojos chispeantes. Los dos hombres están sentados en sillas. Uno de ellos marca el compás pegando con un palo en el piso, y de cuando en cuando suelta una copla poniendo una cara muy triste; el otro rasguea la guitarra con bruscos manotones y rápidas paradas en firme sujetando las cuerdas con los cinco dedos, mientras la mujer baila retorciéndose como una culebra que tuviera brazos, con ademanes tan pronto de iluminada, tan pronto de loca, dejando asomar á veces una sonrisa de beatitud, á veces un relámpago de lascivia, en tanto que el público prorrumpe en olés, y al concluir ella su danza terciándose el mantón, la tiende filas de cañas de cristal en las que tiembla el oro pálido de la manzanilla.

Para la guitarra significa el cuadro una caída. La guitarra que era casta á la puerta del cortijo se ha hecho lúbrica en el tabladi- llo del cante flamenco, y ha dejado de ser la intérprete de un corazón desde que suelta sus acordes por dinero.

Fígaro sigue siendo el símbolo de la felicidad mientras no le falte su morena trianera dentro de la tienda, su canario colgado junto á una de las vacías y su guitarra para tocar á la puerta. Y si le llega á faltar algo..., ¡que no sea, por Dios, la guitarra!

El ciego acaba de pegar un resbalón y ha caído de bruces sobre el suelo, quedando exánime en la helada acera. La guitarra se ha abierto contra la losa de piedra. Mientras los transeuntes levantan al mendigo, un golfo agarra el instrumento, viejo, con dos cuerdas y tres clavijas y lo rasca en son de burla. ¡Y esa es la andaluza donde durmieron tantas malagueñas! Vivió haciendo llorar y ha muerto haciendo reír!

ALFONSO PÉREZ NIEVA.

(Dibujo de Méndez Bringa.)



LA LOCA DE LA CASA

Así, en son de lástima compasiva, se complacen no pocos en llamar a LA IMAGINACIÓN, facultad maravillosa a la cual solamente es dado ver en imágenes lo que el mundo no ha visto todavía: el cuadro que ha de pintarse, la estatua que aún no ha modelado el cincel, el monumento arquitectónico que ha de elevarse hasta las nubes como la torre Eiffel, la sinfonía no ejecutada aún por ninguna orquesta, el drama que ha de entusiasmar a las multitudes ó la máquina que ha de revolucionar la industria.

La opinión de muchas personas consagradas a los estudios especulativos se ha pronunciado erróneamente contra esta briosa facultad, sin la cual no habría progreso ninguno; y así, es general la creencia de que existe incompatibilidad entre la ciencia y las obras de la fantasía, por lo cual se considera raro que un matemático sea poeta ó que un crítico escriba buenos versos. No hay tal incompatibilidad; por más que la imaginación no se deje dominar por el entendimiento, antes bien trabaja, observa, combina, inventa y crea con entera independencia de las leyes meramente lógicas, ya sea para deleitar el corazón con las obras de la fantasía, en versos, cuadros, estatuas ó columnas; ya sea para apoderarse de las fuerzas de la naturaleza, elaborando con sus máquinas é inventos los productos de los campos, utilizando el curso de los ríos, surcando los mares, estableciendo comunicaciones instantáneas entre apartados continentes, midiendo las sendas de los lumináres del cielo, destronando el tiempo y el espacio, déspotas de la antigüedad, ó substituyendo al sol en sus ausencias.

Los ojos de la invención no se pueden contentar con lo existente, porque vislumbran algo mejor que lo actual. Sienten la realidad de esa perfección y creen en ella, aunque no saben cómo conseguirla; y, al efecto, mezclan y combinan los objetos naturales, no precisamente a la casualidad y para ver lo que sale de la combinación, sino porque saben que de una asociación saldrá el ideal que vislumbran, y desean comprobar si la combinación imaginada dará la perfección apetecida. Colón, así, no emprendió su viaje para ver si descubriría, sino para ver qué descubriría.

Sin la ciencia, el mundo no sería lo que es; pero es un error, y por desgracia muy popular, la creencia de que sólo las escuelas puramente especulativas pueden formar los hombres capaces de empujar nuestra civilización.

Muy por el contrario, los grandes talentos que hacen progresar el mundo inventan porque ven; y ven, porque los estímulos se les ponen delante de los ojos.

El trabajo y la atmósfera en que vive el artista son las condiciones de su desarrollo. Trabajo y taller, y el genio brillará.

El entendimiento se mueve siempre sobre el rodaje de alguna teoría, mientras que la imaginación no se

para en sistemas; antes bien, tomando los hechos como son en sí y las cosas como la naturaleza las produce, se da por contenta cuando, combinándolos sin cuidarse de su causa ó su razón, obtiene un hecho nuevo.

Y pueden descubrirse cosas nuevas por las fuerzas

de un medio de elevarse por los aires? ¿Que era imposible hacer lentes poderosas para observar los astros? ¿No se había demostrado que nadie fijaría las imágenes fotográficas en la cámara oscura? ¿Que era un absurdo la vacuna? ¿Que jamás se aplicaría el vapor a la navegación, ni atravesaría el Atlántico un buque movido por el fuego? ¿Que no existían aerolitos? ¿No se sabía hasta no quedar espacio para una duda prudente, que más allá de las Canarias había un mar de betún y azufre hirviendo?

Todo esto, y muchos otros errores más, se demostraron lógicamente como indudables con arreglo a las ideas que tenían los que hicieron esas demostraciones, cuyo absurdo se ha encargado el tiempo de patentizar, convirtiéndose en axiomas todas esas pretendidas imposibilidades.

¿Quién el siglo pasado pudo prever las maravillas del presente? ¿La fuerza del vapor? ¿Los dibujos de la luz? ¿La instantaneidad de la electricidad? ¿El rayo dominado? ¿Europa y América hablando por un alambre? ¿El habla dada a los mudos? ¿Los huesos regenerados? ¿Cloroformizado el dolor?.. ¿Quién podía creer que la ciencia no se daría por satisfecha con el cable telegráfico y que había de realizar el telégrafo sin hilos? ¿Quién pudo pensar que con los rayos X habría de verse el interior de nuestros órganos y verse a través de los cuerpos opacos?..

La electricidad alumbró las ciudades, los faros y los buques; y dondequiera hay una fuerza no domada todavía, allí se oye esta feliz y profética amenaza: «Yo te esclavizaré.»

Ya nos incomoda la monotonía de tintes de los dibujos de la luz y esperamos algo mejor. ¿Lo esperamos? Es que viene. Basta quererlo y será.

Pero ¿cómo inventar? ¿Hay reglas y condiciones para ello?

No y sí.

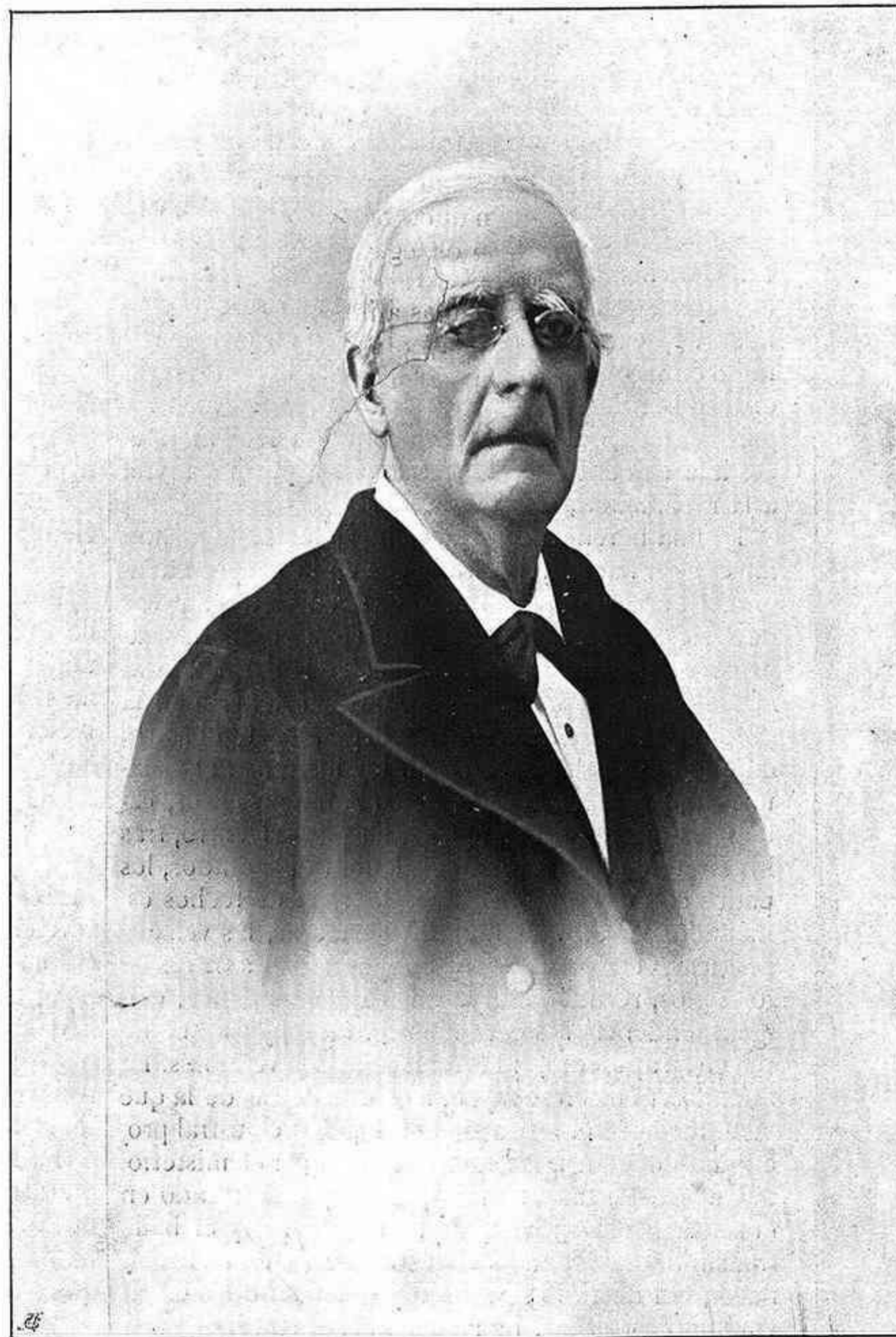
No hay reglas; porque si las hubiese, llegaríamos a lo nuevo por conclusiones lógicas de la mente.

Pero hay condiciones; pues si no las hubiera, no viéramos a la invención producirse siempre en las mismas circunstancias.

No hay reglas, pues, pero sí condiciones.

Así el Genio se extingue en la ignorancia; y sólo se eleva hasta la luz de la inmortalidad cuando se cría entre las letras, en los museos, en medio de las artes, en el aire de los talleres y las fábricas, en la superficie de los mares, en el regazo maternal de la naturaleza.

El trabajo y la atmósfera en que vive el artista son las condiciones de su desarrollo. En la simiente que se ve, existe indudablemente la fuerza misteriosa que la hará árbol gigante si las fuerzas invisibles de la vegetación cooperan a su crecimiento; pero suprimida la vegetación y no habrá árbol. Suprimida la atmósfera



EDUARDO BENOT, autor del artículo *La loca de la casa*
(De fotografía de Fernando Debas, de Madrid, hecha expresamente para LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA)

de la imaginación y no por las potencias del entendimiento, porque la inteligencia trabaja siempre con los sistemas de los hombres, mientras que el hombre de inventiva produce con las fuerzas de la naturaleza.

Y, sin embargo, ¡admirable solidaridad de todo lo humano! No hay humanidad sin ciencias, y no hay ciencias hasta que el entendimiento desprende ó extrae del fenómeno la ley, del efecto su causa, del hecho su razón; pues los casos aislados no son ciencia.

¿No se había probado que el hombre jamás halla-

del taller ó de la Academia y matáis al artista, matáis al inventor. El Genio quiere la holgura de la libertad: no le impongáis trabas. Repitámoslo: trabajo y taller, y el Genio brillará.

Polidoro Caldara llevaba á los discípulos de Rafael el yeso de que se servían para pintar sus frescos. La impresión que el arte hizo en aquel hombre de carga convirtió á Polidoro en el célebre artista, delicado, elegante, admirable en el claroscuro.

Por no morir de hambre, el gran Miguel Angel empezó moliendo colores y acarreado yeso.

¿Quién, sino la vista de las obras de Rafael, hizo decir al que primero representó figuras en el aire, al hijo de un pobre campesino, al gran Correggio: *También yo soy pintor?* Y lo fué. En el Correggio dormía la potencia del genio: sólo faltaba la chispa que lo inflamase, como á la pólvora, cuando espera, falta sólo la chispa que le prenda fuego.

Aníbal Caracci y Andrea del Sarto, el pintor sin defectos, no habrían sido artistas sin la vida del taller.

Si no hubiese el Pousino visitado á Roma, víctima de intrigas é infortunios, nunca habría pintado su cuadro de *El Diluvio*, ni merecido el título de «Rafael de Francia».

El Dominiquino, á quien, dicen, envenenaron sus rivales; el Tintoretto, discípulo del Tiziano y su émulo en colorido; el Tiziano mismo, artista siempre joven, aunque murió de noventa y nueve años, amigo de Carlos V, por cuyas liberalidades rehusó las ofertas del papa León X y despreció las honras del vencido en Pavía, Francisco I, no habrían sido lo que fueron (y lo que son todavía), admiración del mundo, sin la atmósfera artística que por fortuna respiraron.

¿Quién hizo pintor al Perugino, protegido del papa Sixto IV, más que el haber entrado de sirviente en casa de otro pintor?

¿No se transformó nuestro Murillo en un hombre nuevo cuando pisó el taller del gran Velázquez?

¿Habría sido Shakespeare el portento del teatro inglés, si sus desdichas no le hubieran obligado á entrar en el teatro de mozo del apuntador?

Sin duda que estos famosísimos artistas nacieron con los gérmenes del Genio; pero estos mismos gérmenes no habrían llegado á la plenitud del desarrollo sin la atmósfera del arte en que vivieron. Con alas nace el águila; pero ¿cómo sin aire pudiera remontarse hasta las nubes?

Sin las guerras del Imperio, el mundo ignoraría los nombres de Ney, Junot, Massena, Murat, Porlier, Mina, el Empecinado, Wellington.

Si se hubieran criado entre mieses y frutales, no habrían dado la vuelta al mundo Magallanes, ni el capitán Cook; ni Vasco de Gama habría doblado el Cabo de Buena Esperanza, ni Colón descubierto el Nuevo Mundo.

Sin el espíritu social de sus respectivas épocas, no registraría la historia los gloriosísimos nombres de Beranger, Boileau, Molière, Shakespeare, Demóstenes, Sófocles.

El príncipe de la Botánica, el gran Linneo, dejaba los libros para observar las plantas del jardín de su padre. Sus maestros le declararon nulo enteramente para las ciencias; y su miseria, á causa del estudio, llegó á ser tanta, que pasaba las noches remendando zapatos! para poder, durante el día, seguir estudiando en la Universidad de Upsal. Sin un jardín, el gran botánico habría sido un perverso menestral.

Estamos abrumados de hombres teóricos; no tenemos quien nos haga un alfiler, quien nos fabrique una lima. Haya libros y tratados, pero abunden Gabinetes y Museos: haya fórmulas, pero tengamos dondequiera experimentos: haya ciencia, pero penetre la enseñanza por los ojos con la virtud de los ejemplos. No hay pedagogía que iguale á la del taller, el gabinete de física, el museo, la sala de disección, el espectáculo de las fuerzas naturales...

LA IMAGINACIÓN se forma en el ambiente de la fábrica y del gabinete de experimentación, ante el espectáculo de la naturaleza; en las luchas de la sociedad.

El objeto nuevo no existe, sin duda, antes de la invención; pero sin el estímulo que excitan las obras ya producidas, sin el acicate de una mejora deseada, sin el galardón de una dificultad vencida, no levanta el Genio sus alas poderosas, ni rompe los troqueles de lo antiguo, ni elabora los moldes de lo nuevo.

Es, por tanto, altamente patriótico popularizar la

por un minero, un cerrajero y un vidriero, Savery, Newcomen y Cawley.

El constructor de la máquina de doble efecto fué Watt, pobre y enfermizo obrero, que de joven componía instrumentos de matemáticas.

Evans, que hizo la primera aplicación del vapor á alta presión, era carretero.

Fulton, el que primero movió un barco por medio del vapor, fué aprendiz de joyero y pintor de miniaturas.

El primer investigador de la propulsión de los barcos por medio de la hélice, fué al principio organista, luego relojero, y joyero al fin.

Seguin (*ainé*), inventor de la caldera tubular (sin la cual, ó sus semejantes, no es posible la locomotora), nació respirando la atmósfera de la fábrica de su tío Montgolfier, el fabricante de papel, inventor de los globos aerostáticos.

Y Jorge Stephenson, el feliz constructor de la locomotora, pasó los tristes años de su infancia en las minas de hulla de Inglaterra.

Sería cosa de no terminar la enumeración de estos hombres benéficos para la especie humana.

Arkwright, el inventor del telar mecánico, era barbero.

Lincoln, el destructor de la esclavitud, fué leñador.

Johnson, sucesor suyo en la Presidencia de los Estados Unidos, era sastre.

Fáraday, el prodigioso inventor de todos los grandes portentos de la electricidad de inducción, estuvo de aprendiz de encuadernador nada menos que diez años de su juventud; etc., etc.

LA LOCA DE LA CASA, esa facultad potente, productora de todos los adelantos de la civilización, no procede en sus evoluciones conforme á las leyes deductivas. Combina hechos, y ve las cosas antes de nacer. Pero necesita vivir en el recinto de los museos, entre las retortas de los laboratorios, entre los rodajes de la mecánica; se desarrolla al ruido de los talleres, ó mecida por las olas de los mares, ó enardecida por las indignaciones del periodismo, ó entusiasmada por los calorosos apóstrofes de la tribuna, ó dilacerada por las injusticias de la sociedad.

Suprimid sus condiciones, y muere. Muere como el ave bajo el recipiente de la máquina neumática, como el pez fuera del medio necesario á su existencia.

Pero mantened á LA IMAGINACIÓN en el seno fecundo del Trabajo, que es la honra del hombre libre, y el mundo cambiará.

España está atrasada. El cerebro nacional está en patente consunción.

La máquina de vapor se denomina de Watt; la caldera tubular lleva el nombre de Seguin; la locomotora el de Stephenson; el telar mecánico fué invención de Arkwright; la pila se debe á Volta; á Davy la luz eléctrica; las aplicaciones de la electricidad han inmortalizado los nombres de Fáraday y Ampère; Niepce y Daguerre hallaron la fotografía; Bunsen y Kirchhoff el análisis espectral; el fonógrafo pertenece á Edison; el teléfono á Graham Bell... ¿Hay algún apellido de Castilla entre los que han renovado el mundo con las teorías que hoy iluminan las ciencias, Copérnico, Newton, Fresnel, Grove, Joule, Berthelot, Darwin?..

España está atrasada. Otros pueblos que de ella proceden lo están también. ¿Queréis verlos en la misma línea que las primeras y más poderosas naciones de la civilización? Pues poned á LA LOCA en condiciones de producir; á LA LOCA que ve las cosas antes de nacer; á LA LOCA que saca del oculto seno de lo desconocido y de lo ignorado todo cuanto el hombre necesita; que abre para él las fuentes de la inspiración y de los goces; que suprime el Dolor y detiene los pasos de la Muerte.

¡Imposible el progreso de los pueblos sin los sueños divinos de LA IMAGINACIÓN!

EDUARDO BENOT



Jaime Watt haciendo observaciones sobre la vaporización

idea de que casi todos los adelantos con que se honra nuestra civilización se deben á los hombres de tino práctico y experimental, y no á los hombres de teorías.

¿Eran lo que se llama hombres teóricos los antiquísimos descubridores del vidrio, de los pozos que hoy decimos artesanos, de los puentes colgantes?

¿Eran lo que hoy llamamos hombres de ciencia los árabes españoles que nos legaron la pólvora, los relojes, el papel?

¿Había dedicado sus vigilias á integraciones laboriosas Bertoldo Schwartz, inventor del metal de los cañones y en tal sentido creador verdadero de la artillería?

Nada de lo que hoy constituye un hombre de teorías llegó á noticia de Juan Gutenberg, inventor de la imprenta; nada de ello sabía Bernardo Palissy, inventor de la cerámica; todo eso era ignorado del Napolitano que, dicen, descubrió la brújula.

Cuenta la tradición que unos niños inventaron los anteojos de larga vista.

Sábase que Chappe era niño todavía cuando inventó el telégrafo óptico.

Consta que Humphry Potter era de cortésima edad cuando realizó su grandioso invento de hacer automáticas las máquinas de vapor, para dejar sola funcionando la que él tenía á su cargo, mientras se iba á jugar al marro con otros niños de su misma edad.

Ni aun siquiera los hombres dedicados á las especialidades de una ciencia son los que en ellas han hecho grandes adelantos; y no por falta de saber, sino por no haberse colocado en las condiciones de inventar.

Pastores del Langüedoc fueron los que descubrieron la vacuna.

Cantor del teatro de Munich el que halló la litografía.

Aprendiz de una fábrica de jabón, cajista luego, fué el inventor del pararrayo, Franklin, que

Arrancó el rayo al cielo y el cetro á los tiranos.

Un subteniente retirado del arma de caballería y un pintor, Niepce y Daguerre, inventaron la fotografía.

Organista era Herschell, el gran descubridor de las profundidades de los cielos.

Muchacho dedicado á vender periódicos fué en sus comienzos el gran Edison.

Telegrafista Marconi el inventor del telégrafo sin hilos.

Y hombres de fábrica y de experimentación los inventores del análisis espectral, del teléfono, del alumbrado eléctrico, etc.

Las aplicaciones prácticas del vapor no permiten dudar acerca de las condiciones de la invención: TRABAJO y TALLER.

La máquina atmosférica de vapor fué inventada

(Dibujo de Triadó.)



AIRES NACIONALES

EL GUITARRILLO BATURRO

El pueblo de músculos de bronce, cabeza de piedra y corazón de fuego, no podía tener otro canto que la jota aragonesa que sale disparada de la boca baturra en tono sobreagudo y entre un rasgueo rápido del guitarrillo. La región es esa: el hombre tozudo y bravo, el terruño duro y pedregoso, el fruto substancioso y áspero, la copla altiva, el instrumento músico, el guitarrillo, una caja de madera con cuatro cuerdas de un diapason tan alto, que predominan siempre y se oyen desde una legua. El guitarrillo, pequeño y menudo, manda en toda la rondalla; es el amo, el que grita. Las demás guitarras de la comparsa hacen el bajo, son sus esclavas; él, nervioso y vibrante, busca la voz, la sigue, la acaricia y la acompaña con un arpeggio fuerte é imperioso en que se adivina que hay un puñetazo para el que se desmande.

Una raza entera, toda una tradición se hallan simbolizadas en la copla aragonesa y en el guitarrillo baturro. Los almogábáres gozan de vida perdurable. Perdieron la honda, pero les queda la copla, que es la piedra, y el guitarrillo, que es la interjección. Aquella noble fiera histórica es la matriz que ha concebido el canto sobrio, preciso, breve, contundente, sin nada que disfumine la idea robusta y varonil, y el instrumento incisivo, sencillo, imperioso y chillón que marca un ritmo cortado y enérgico. Por eso la copla y el guitarrillo se han hecho para la calle, para la plaza, para el aire libre, para la extensión por donde rueda el viento sin trabas, aplastando los pámpanos de las viñas. Nada de suspiros, de misterios, de languideces, de la melancolía de su pariente la andaluza; la copla de arriba, redonda y sólida como un melocotón, y el guitarrillo que la acompaña, no lloran nunca; si esconden el dolor, se lo callan y lo devoran en una exclamación altiva y en un acorde brusco.

No quiere esto decir que la copla aragonesa y el guitarrillo baturro no sepan lo que es ternura. ¡Ya lo creo que sienten! ¡Y bien hondo! Sólo que en vez de reflejar el desmayo y la resignación, vierten la ira y la sátira en el cantar epigramático y en el golpe violento sobre las cuerdas. Es la rebeldía natal y aborígen contra todo lo que signifique imposición. ¡Y gracias á que la Virgen no quiso ser francesa!

Nadie duerme en el pueblo, fuera de las bestias, cansadas de trillar hasta que cayó sobre las eras el crepúsculo ardoroso de junio. En la plaza parece de día, un día amarillo-rojizo, y sobre las casas vuelan penachos de chispas. Es la gran hoguera tradicional, en torno de la que giran cogidos de las manos hombres y mujeres, una loca rueda de sombras.

De pronto desemboca por la calleja la bulliciosa rondalla; se oye guitarreo, sobresaliendo un rasguear agudo y vibrante; los mozos se detienen ante la ventana, y allá va la copla llena de mieles y oliendo á dehesa, entre una explosión de arpeggios del guitarrillo; que festejada la chica, se larga con sus golpeteos y sus jotas á otra parte, á continuar su serenata de la noche de San Juan.

Seguramente no ha existido campamento español en que no suene alguna vez el guitarrillo baturro, «rasgueando» jota tras jota, en esas horas de calma de todas las guerras en que el soldado deja de pensar en el enemigo para pensar en su pueblo. Ha sonado entre la nieve de las cumbres navarras en las dos campañas carlistas; ha sonado en las vegas tetuáni-

cas, en los ribazos melilleños, en los manglares cubanos, en los esteros filipinos, antes del toque de lista ó después del de retreta, y casi siempre vibrando sobre sus acordes una voz varonil y fresca, la voz de los veinte años que canta una copla sostenida por un coro de palmadas.

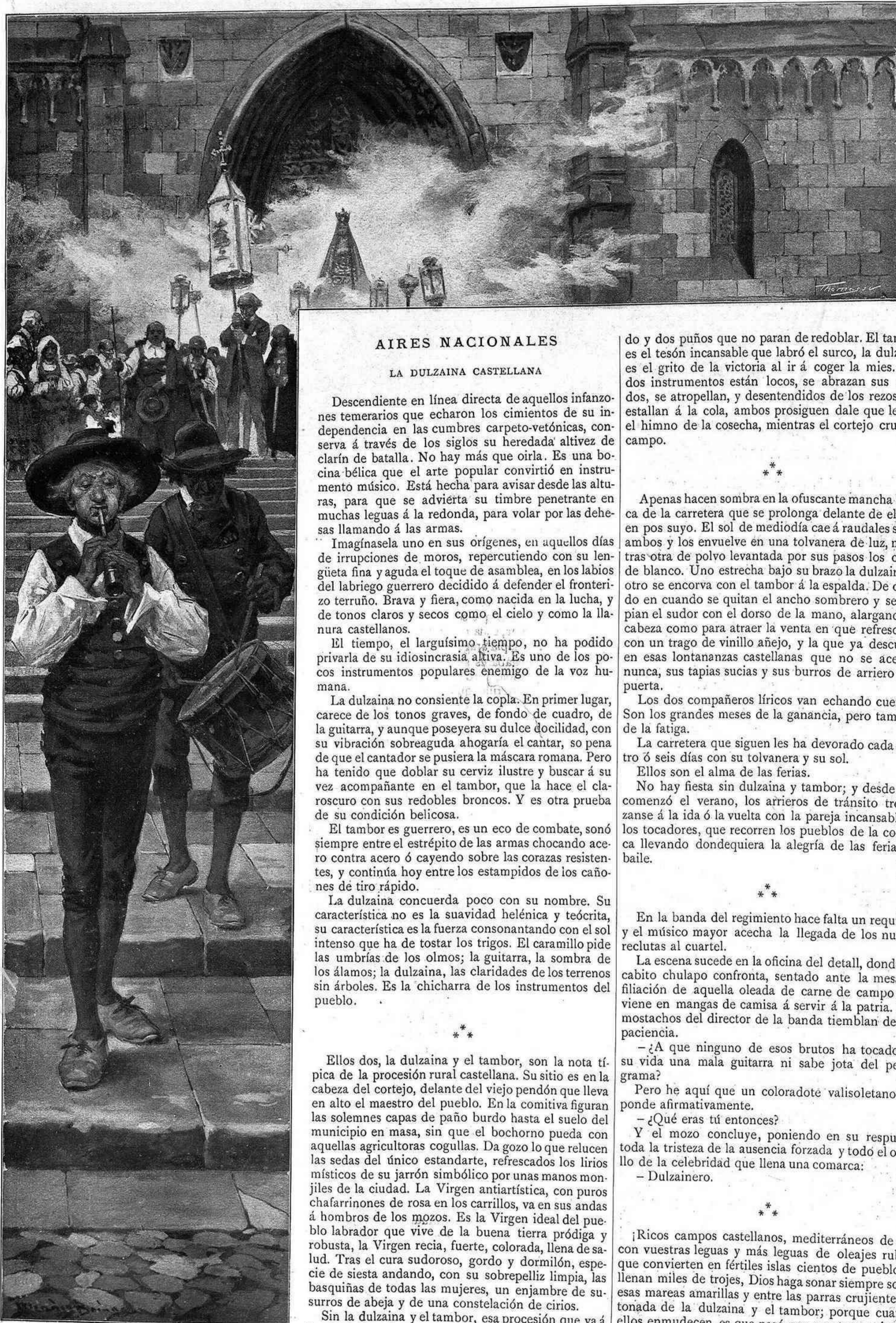
Ese guitarrillo del soldado marcha á campaña con la tropa sobre la mochila de su dueño ó en el carro del batallón. Su primera etapa la hace en el compartimiento, en plena trepidación del tren; después sale á relucir en los descansos de las jornadas. Lo que en la paz era un instrumento cualquiera, en la guerra, con la inminencia del peligro siempre en acecho, adquiere el valor de un ser querido, es algo que de lejos viene á hablarle al soldado de cuanto le es propio, de su hogar, de su aldea, de su novia, de sus suyos. Y no sólo habla á su poseedor, sino á todos sus paisanos en el cuerpo en que sirven. El coro de palmas y olés lo constituyen ellos. Cuando forman el corro ante la tienda de lona, se sueña allí con la almenara de la cocina. Todos los desfallecimientos de la ausencia se desvanecen en torno al guitarrillo del zaragozano ó del ribereño de la segunda ó de la cuarta compañía. El guitarrillo da valor para esperar, da fe en la victoria, da la fuerza necesaria para resistir las penalidades del servicio y de la guerra. El soldado llega á venerarle como á la enseña de la patria, concluye por mirarle con el respeto que á la bandera, y si el *chiquito* se queda tendido para siempre en un encuentro, el guitarrillo pasa á poder de cualquier otro paisano. Y entonces, cuando vuelve á sonar por primera vez junto á la hoguera del campamento, es la única en que el guitarrillo varonil gime, vibrando sus cuerdas con acentos de *Dies iræ* entre los «¡pobre Fulano!» de los camaradas.

Ha llegado el momento terrible de emigrar, de abandonar aquella casa de la que les echa la miseria, los pedriscos y las sequías que destruyeron un año y otro la humilde cosecha, las garras de la usura que se llevaron los dos «pares» con que se labraba el prado, completando la ruina. ¿Qué hacer? El hambre pega ya con los nudillos en la puerta. No es gente de la costa, no es gente que conozca el mar y se lance á través del charco. Pero es un baturro con la voluntad de la raza, y ahí está la carretera blanca indicándole el camino. ¡Se irán á la ciudad, á Madrid, al infierno, él, la mujer y el chico, á cantar á coro jotas y á tocar el guitarrillo por esos mundos!

La noche ha cubierto con su densa sombra el terrible cuadro de destrucción, uniendo la calma de la obscuridad al reposo de la muerte. Ha sido uno de los días de tregua del sitio, uno de los raros días en que desde aquellas casas medio desmoronadas por el cañón enemigo, con sus ventanas sin hojas como bocas iracundas vomitando maldiciones, no ha salido el fuego espantoso de fusil obligando á emprender la retirada á los soberbios regimientos de granaderos franceses. La puerta del Carmen, desmochada á metrallazos, destaca á lo lejos su vaga silueta. La quietud es absoluta. Sólo repercuten los pasos de las patrullas resonando en la desierta calle, sepultada en tinieblas. Y en el silencio del hogar, poco después de dar las once la campana de la Seo, se oye la media voz de un centinela estoico que inicia una jota. Lo que no se oye es el guitarrillo. ¡El guitarrillo lo habrá roto el héroe probablemente en la cabeza de algún *franchute!*

ALFONSO PÉREZ NIEVA

(Dibujo de Cutanda.)



La dulzaina y el tambor, son la nota típica de la procesión

AIRES NACIONALES

LA DULZAINA CASTELLANA

Descendiente en línea directa de aquellos infanzones temerarios que echaron los cimientos de su independencia en las cumbres carpeto-vetónicas, conserva á través de los siglos su heredada altivez de clarín de batalla. No hay más que oirla. Es una bocina bélica que el arte popular convirtió en instrumento músico. Está hecha para avisar desde las alturas, para que se advierta su timbre penetrante en muchas leguas á la redonda, para volar por las dehesas llamando á las armas.

Imagínasela uno en sus orígenes, en aquellos días de irrupciones de moros, repercutiendo con su lengüeta fina y aguda el toque de asamblea, en los labios del labriego guerrero decidido á defender el fronterizo terruño. Brava y fiera, como nacida en la lucha, y de tonos claros y secos como el cielo y como la llanura castellanos.

El tiempo, el larguísimo tiempo, no ha podido privarla de su idiosincrasia altiva. Es uno de los pocos instrumentos populares enemigo de la voz humana.

La dulzaina no consiente la copla. En primer lugar, carece de los tonos graves, de fondo de cuadro, de la guitarra, y aunque poseyera su dulce docilidad, con su vibración sobreaguda ahogaríá el cantar, so pena de que el cantador se pusiera la máscara romana. Por ha tenido que doblar su cerviz ilustre y buscar á su vez acompañante en el tambor, que la hace el claroscuro con sus redobles broncos. Y es otra prueba de su condición belicosa.

El tambor es guerrero, es un eco de combate, sonó siempre entre el estrépito de las armas chocando acero contra acero ó cayendo sobre las corazas resistentes, y continúa hoy entre los estampidos de los cañones de tiro rápido.

La dulzaina concuerda poco con su nombre. Su característica no es la suavidad helénica y teócrita, su característica es la fuerza consonantando con el sol intenso que ha de tostar los trigos. El caramillo pide las umbrías de los olmos; la guitarra, la sombra de los álamos; la dulzaina, las claridades de los terrenos sin árboles. Es la chicharra de los instrumentos del pueblo.

**

Ellos dos, la dulzaina y el tambor, son la nota típica de la procesión rural castellana. Su sitio es en la cabeza del cortejo, delante del viejo pendón que lleva en alto el maestro del pueblo. En la comitiva figuran las solemnes capas de paño burdo hasta el suelo del municipio en masa, sin que el bochorno pueda con aquellas agricultoras cogullas. Da gozo lo que relucen las sedas del único estandarte, refrescados los lirios místicos de su jarrón simbólico por unas manos monjiles de la ciudad. La Virgen antiartística, con puros chafarrinones de rosa en los carrillos, va en sus andas á hombros de los mozos. Es la Virgen ideal del pueblo labrador que vive de la buena tierra pródiga y robusta, la Virgen recia, fuerte, colorada, llena de salud. Tras el cura sudoroso, gordo y dormilón, especie de siesta andando, con su sobrepellic limpia, las basquiñas de todas las mujeres, un enjambre de surros de abeja y de una constelación de cirios.

Sin la dulzaina y el tambor, esa procesión que va á bendecir los trigos maduros sería una procesión muda; pero ahí lleva en la cabeza, cabeza de insecto que zumba, dos mofletes que no se deshinchán un segun-

do y dos puños que no paran de redoblar. El tambor es el tesón incansable que labró el surco, la dulzaina es el grito de la victoria al ir á coger la mies. Los dos instrumentos están locos, se abrazan sus sonidos, se atropellan, y desentendidos de los rezos que estallan á la cola, ambos prosiguen dale que le das el himno de la cosecha, mientras el cortejo cruza el campo.

**

Apenas hacen sombra en la ofuscante mancha blanca de la carretera que se prolonga delante de ellos y en pos suyo. El sol de mediodía cae á raudales sobre ambos y los envuelve en una tolvenera de luz, mientras otra de polvo levantada por sus pasos los cubre de blanco. Uno estrecha bajo su brazo la dulzaina, el otro se encorva con el tambor á la espalda. De cuando en cuando se quitan el ancho sombrero y se limpian el sudor con el dorso de la mano, alargando la cabeza como para atraer la venta en que refrescarán con un trago de vinillo añejo, y la que ya descubre, en esas lontananzas castellanas que no se acercan nunca, sus tapias sucias y sus burros de arriero á la puerta.

Los dos compañeros líricos van echando cuentas. Son los grandes meses de la ganancia, pero también de la fatiga.

La carretera que siguen les ha devorado cada cuatro ó seis días con su tolvenera y su sol.

Ellos son el alma de las ferias.

No hay fiesta sin dulzaina y tambor; y desde que comenzó el verano, los arrieros de tránsito tropiézanse á la ida ó la vuelta con la pareja incansable de los tocadores, que recorren los pueblos de la comarca llevando dondequiera la alegría de las ferias: el baile.

**

En la banda del regimiento hace falta un requinto, y el músico mayor acecha la llegada de los nuevos reclutas al cuartel.

La escena sucede en la oficina del detall, donde un cabito chulapo confronta, sentado ante la mesa, la filiación de aquella oleada de carne de campo que viene en mangas de camisa á servir á la patria. Los mostachos del director de la banda tiemblan de impaciencia.

- ¿A que ninguno de esos brutos ha tocado en su vida una mala guitarra ni sabe jota del pentagrama?

Pero he aquí que un coloradote valisoletano responde afirmativamente.

- ¿Qué eras tú entonces?

Y el mozo concluye, poniendo en su respuesta toda la tristeza de la ausencia forzada y todo el orgullo de la celebridad que llena una comarca:

- Dulzainero.

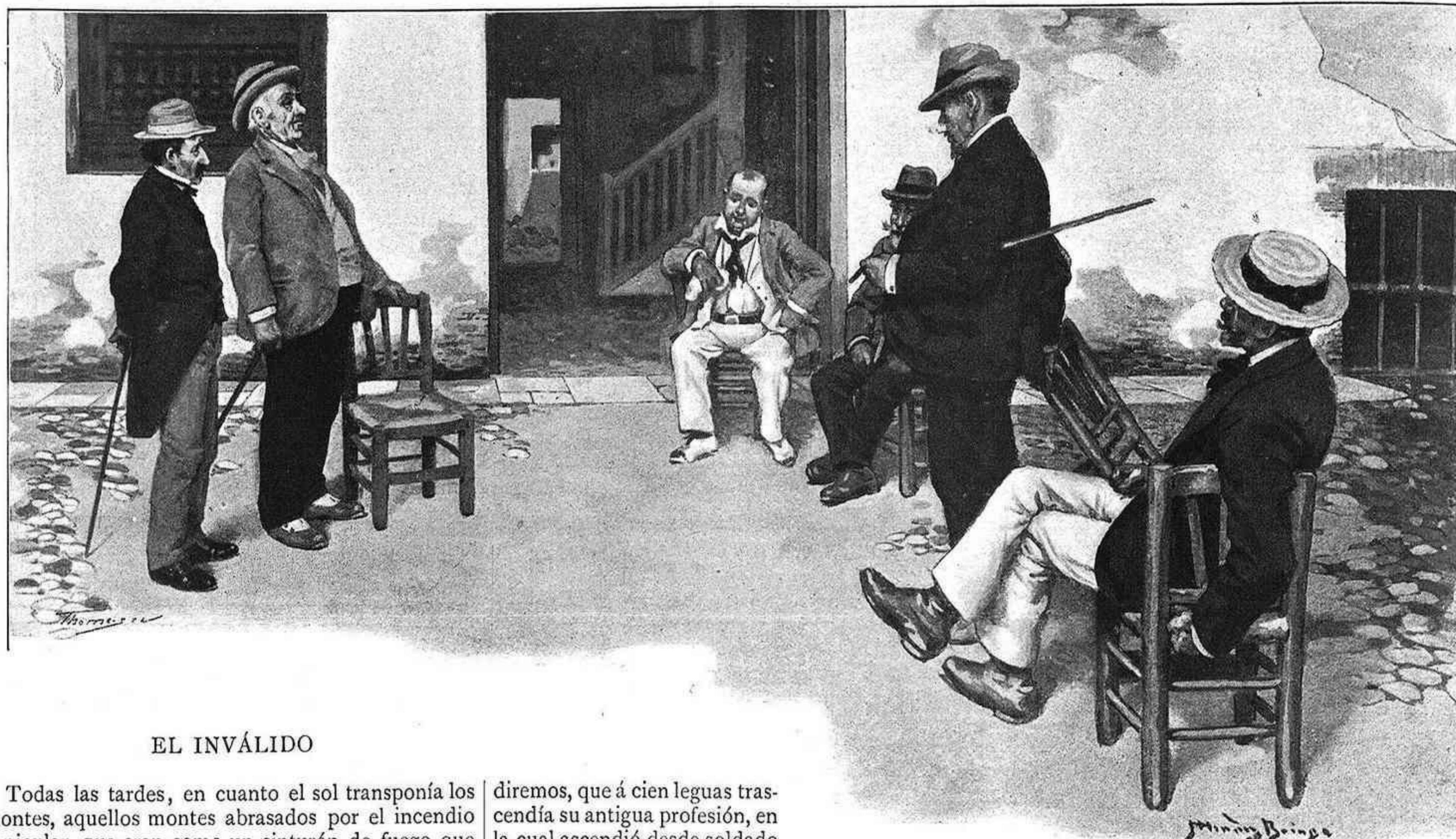
**

¡Ricos campos castellanos, mediterráneos de oro con vuestras leguas y más leguas de oleajes rubios que convierten en fértiles islas cientos de pueblos y llenan miles de trojes, Dios haga sonar siempre sobre esas mareas amarillas y entre las parras crujientes la tonada de la dulzaina y el tambor; porque cuando ellos enmudecen, es que pasó por vuestras espigas el pedrisco!

ALFONSO PÉREZ-NIEVA.

(Dibujo de Méndez Bringa.)





EL INVÁLIDO

Todas las tardes, en cuanto el sol transponía los montes, aquellos montes abrasados por el incendio canicular, que eran como un cinturón de fuego que rodeaba al pueblecillo, el criado del notario abría el portón de la casa, situada en la plaza, á la derecha de la iglesia, y después de matar el polvo rociando el suelo sediento con el agua de una gran regadera en un espacio de cuatro metros en cuadrado, colocaba en semicírculo, frente el zaguán, hasta media docena de sillas de Murcia.

En seguida se presentaba D. Melquiades, el notario, haciéndose aire con el pañuelo, congestionado el rostro, desabrochado el chaleco y hasta los botones de la camisa; ahogado, más que por el calor, por aquella obesidad terrible que le daba el aspecto de una enorme bola.

A los dos minutos iba llegando la tertulia. Primero, el médico y el juez; luego, el cacique con el alcalde y el secretario del ayuntamiento, sus fieles aliados; al poco rato, el cura, que terminaba su novena, y por último, cuando ya estaba generalmente enzarzado el palique, se veía desembocar por el callejón que daba á las afueras del pueblo al tipo más extraordinario y exótico que imaginarse pueda.

— Aquí tenemos á D. Martín, que viene de tragarse sus dos legüecitas, solía decir alguno de la tertulia.

En efecto: D. Martín llegaba sudoroso, jadeante, cubierto de polvo, esgrimiendo una enorme cachiporra en la mano diestra y llevando el compás de la marcha con el rígido muñón que colgaba de su hombro izquierdo. «¡Presentel!» exclamaba con su vozjón temeroso, sentándose de golpe y porrazo.

Y quedaba constituida la tertulia en pleno.

Es decir, alguien faltaba todavía; pero ninguno de los tertulios osaba nombrarle delante de D. Martín, á cuyas malas pulgas guadaban todos un prudente respeto.

El ausente era D. Fidel, el boticario, Fidelito, como se le llamaba en la tertulia de D. Melquiades por ser el pollo de la reunión: un chico excelente, de buenas prendas, muy hábil con el mortero de sus drogas entre las manos y no mal parecido, aunque un poco lacio de figura y tristón de cara.

El terrible inválido le profesaba un odio africano, y el inofensivo Fidelito vióse obligado á desertar de la sabrosa tertulia de la Notaría.

Pero digamos, antes de seguir esta verídica historia, quién era aquel D. Martín, del cual sólo sabemos, hasta ahora, que se echaba al cuerpo un par de leguas sin que le importara un rábano aquel chicharrero del sol de agosto.

* * *

D. Martín Cañizares, capitán retirado de infantería, era un setentón formidable, enjuto de cuerpo, pero más fuerte que una piedra; sobre sus ojillos de rámica se encrespaban unas cejas grises y enmarañadas, y conservaba de lo que pudiéramos llamar su fisonomía militar bigote y perilla, recios como crines, y sobre todo, un aire de cuartel, de marcialidad

diremos, que á cien leguas trascendía su antigua profesión, en la cual ascendió desde soldado raso á capitán, en fuerza de homéricas barbaridades y de tremebundas cuchilladas. Las que á él le dieron no habían sido flojas. En Somorrostro la metralla le destruyó el brazo, y á trueque del cercenado miembro otorgóle la patria una cruz laureada, y con la cruz el canuto y unas cuantas pesetas de retiro. Llegó á Valdehonda, su pueblo natal, inválido y casi viejo, y allí se estableció definitivamente, dispuesto á comersé, en paz y gracia de Dios, los cuatro ochavos con que el gobierno lo licenciaba.

A los pocos años, Dios fué servido dejarlo viudo y con una hija, ya casadera, por única familia.

La chica, que se llamaba Angustias, era lo que se dice un primor de muchacha. Modista y morena, con unos ojos soñadores y una boca fresca, y encarnada como una guinda, no es necesario asegurar que no le faltaban en el pueblo aspirantes á su blanca mano y rondadores de su palmito.

¡Pero aquí te quiero ver, escopeta! El heroico don Martín era, ¿cómo lo diré yo?, algo así como á modo de espantajo formidable que ahuyentaba á los gorriónes, ansiosos de aquel sabroso trigo moreno, en una legua á la redonda. ¿Miraditas dulzonas? ¿Cartitas ó requiebros á su hija? ¡Porra y mil veces porra! Eso no lo consentía el glorioso manco de Somorrostro mientras no cerrara el ojo para siempre. Y como no llevaba trazas de cerrarlo, fijos tenía los dos en la monísima Angustias con vigilancia de can pronto á dar feroz dentellada al primero que se acercase con mal fin.

— Pero ¡canastos!, solía decirle el médico, que era el único de la tertulia que se arriscaba á abordar el tema, ¿cómo diablos quiere usted saber si van con buen fin ó con mal fin si no les deja usted acercarse?

Lo mismo pensaba la atribulada Angustias; sólo que ella no se atrevía á decirlo.

El capitán, por su parte, no daba su brazo á torcer, y encarándose con el galeno le soltaba la siguiente andanada:

— Oiga usted, matasanos; para casarse como Dios manda no hace falta mirar á las mujeres, ni andar pegaditos á su miriñaque, ni requebrarlas, ni escribirles tonterías, que hartas se les ocurren á ellas... ¡Les digo á ustedes, ¡porra!, que á mí no me la da ningún lechuguino sin vergüenza!

Angustias vivía ya casi resignada al celibato, aunque con tales anhelos interiores, acrecidos por la prohibición, que en sus bellos ojos había siempre como un reflejo de la íntima tristeza que le acibaraba á la doncella la vida.

* * *

Hubo un amador de Angustias, más temerario ó más enamorado que los demás; y este amador fué el boticario; Fidelito en persona. El secreto de aquella

A los dos minutos iba llegando la tertulia

gran audacia, que tenía maravillados á todos los de Valdehonda, consistía sencillamente en que D. Fidel acababa de establecerse en el pueblecillo é ignoraba, el cuidado, aquella celosa chifadura del testarudo capitán. En la tertulia, á la que asistió desde los primeros días, tuvieron la mala entraña de callarse como muertos, dejando que D. Fidel se enterase por sí mismo de cómo las gastaba su futuro «papá.» El cura, que no hubiera consentido un refinamiento de crueldad semejante, era ajeno por completo á las cuestiones de faldas de sus feligreses; y como no estaba al tanto del asunto, no pudo evitar la jugarreta.

D. Martín, convencido de que nadie se acercaba á la viña, ¡tales escarmientos había hecho!, llegó á creerse á cubierto de cualquier asechanza, y hasta se arriesgó á dejar sola á su hija durante las dos ó tres horas que empleaba diariamente en sus paseos carretera adelante y en el palique vespertino, á la puerta de D. Melquiades el notario.

Fidelito imaginó un doble plan muy sensato, muy razonable. Mientras su heroico suegro rompía las suelas de sus zapatos en aquellas excursiones de viejo andariego, él pelaría la pava con Angustias; y después, con objeto de adorar el santo por la peana, asistiría puntualmente á la tertulia, procurando á todo trance captarse las simpatías del capitán. Y lo hizo como lo pensó.

La linda morenita, la atormentada Angustias, sentía unos remordimientos atroces cada vez que Fidel llegaba confiadamente á la reja; ¡pero, señor, la pobre esta harta de sacrificarse! Su corazón era todo mieles, ella no quería que su padre hiciera con Fidel alguna barbaridad; ¿pero había de ahuyentarlo ella misma?, ¿había de asustarlo pasando por la pena de un nuevo y seguro abandono? No y mil veces no. ¡Que fuera al menos lo que Dios quisiera!

* * *

Tuvo D. Fidel la mala ventura de hacerse profundamente antipático á D. Martín desde el primer día que asistió á la tertulia. Su voz dulzona, su bigotito rubio esortijado y reluciente de brillantina, su aspecto de señorito demasiado pulido y amadornado, se le atragantaron al capitán en cuanto echó la vista encima al forastero. Cuando D. Melquiades hizo la presentación, apenas si contestó con un gruñido; y así que el nuevo tertulio hizo mutis, preguntó D. Martín al notario:

— Pero, hombre, ¿de dónde porra ha sacado usted semejante adefesio? ¡Huele á pachulí que apesta; ¿no lo han notado ustedes?

...¡Oh eternos contrastes de la vida! Aquel olor que de tal modo se le subía á las narices al inválido, era una esencia embriagadora que Angustias aspiraba con deleite todas las tardes con el rostro pegado



EL INVÁLIDO, dibujo de Narciso Méndez Bringa

á los barrotes de la reja y mirándose en los ojos de su Fidel.

La apasionada y menuda morenita abría su corazón sensible al amor del audaz boticario como se abren á los rayos del sol matutino las corolas de las florecillas silvestres. Y no era sólo el perfume que se exhalaba de toda la persona de Fidel lo que éntoquecía á la doncella; era que en su imaginación, un poco exaltada por la constante soledad y el encierro casi conventual, se iba agrandando la figura de su novio hasta adquirir colosales proporciones. Angustias pensaba en el mismísimo Cid Campeador y aún le parecía poca cosa para comparar con él á su Fidelito, el único hombre que, hasta el presente, se había atrevido á hablarla por la reja dos veces seguidas.

* * *

Aquellos épicos arrestos del boticario precipitaron la catástrofe que la tertulia esperaba con mal disimulada impaciencia. ¡Y qué catástrofe, Dios poderoso! Al capitán se le ocurrió un día darse una vueltecita por su casa, después del paseo, antes de dar fondo en la tertulia del notario.

Dobló una esquina y entró en su calle á paso de ataque, trotando como una enorme bestia, sudoroso, arremolinados en torno del cuerpo los faldones de la levita y esgrimiendo fieramente el bastón.

¡Ira de Dios! ¡Porra y mil veces porra! ¿Qué es lo que veía? El asombro, la indignación por poco no dan cuenta del capitán en medio del arroyo: ¡tal nudo se le armó en la garganta! Primero se paró en seco para respirar, luego se restregó los ojos como quien no acierta á convencerse de lo que ve. Y ¡no había dudado, lo que veía era más claro que la luz. Su hija, muy apretadita contra los hierros de la reja y con los ojos entornados, escuchaba los arrullos del almibarado farmacéutico como una tortolilla enamorada, y D. Fidel, transportado al quinto cielo, susurraba casi al oído de la doncella el más dulce de los madrigales...

D. Martín no pudo más; llegó de dos zancadas formidables á la reja, se oyó un agudo grito de mujer, y luego... Lo que pasó luego no es fácil describirlo. Una mano enorme, cerdosa, se crispó sobre el cuello del mísero Fidel, y por toda la calle, por el pueblo entero resonaba una voz terrible, apocalíptica, que repetía sin cesar:

— ¡Ah infame!, ¡ah miserable!, ¡ah bandido! ¿Conque querías pegármela en mis narices?

Así acabaron los arrestos épico-amarorios de don Fidel.

* * *

A la tarde siguiente, D. Martín declaraba en la tertulia que no respondía de lo que pudiera acontecer si el boticario se presentaba. Naturalmente, no se presentó. La única zarpa que le quedaba á la fiera le había molido y descuajaringado.

El médico se atrevió á protestar:

— ¡Ea, Sr. D. Martín, que esa es ya mucha tema, si es que el mal genio no le va sorbiendo el seso, como presumo!.. El muchacho en nada le faltó á usted, ni se ha atrevido á cosa que no sea regular... ¡Caracoles! ¿Se ha empeñado usted en que Angustias se vaya al otro mundo virgen y mártir?

— ¡Vaya usted al infierno, médico del demonio!, replicó D. Martín furibundo; si se muere virgen y mártir, la enterraré con palma y yo iré detrás dándole piquete con mi uniforme y mi cruz en el pecho... y tan contentos los dos!..

— Hombre, ¿tan contentos?

— Sí, señor; y tan honrados, ¡reporra!

— ¡Que barbaridad!, exclamó santiguándose el cura.

D. Martín dió un bufido y salió de estampía.

* * *

Tres meses pasaron desde aquella trágica aventura acaecida á D. Fidel, y todo seguía igual en Valdehonda; salvo que ya no era verano, sino otoño; salvo que la tertulia de D. Melquiades se había trasladado de la plaza al zaguán, y salvo también que don

Martín, antes de emprender su caminata por la polvorienta carretera, encerraba á su hija en una de las habitaciones altas, guardándose después bonitamente la llave en un bolsillo del levitón. ¡Y que le entrarán moscas!

La desolada Angustias se consumía en su encierro, dispuesta á morir de pesadumbre; y en cuanto á Fidel, apenas repuesto de la somanta, empezaron á comérsele tan amorosas melancolías al verse separado de la capitancita, que todos esperaban en Valdehonda ver repetida, el día menos pensado, la romántica muerte de los famosos amadores de Teruel.

Poco á poco se fué alzando en el pueblo un tole tole contra aquel verdugo de D. Martín, que á juicio de muchos — el médico el primero — estaba más loco que una cabra. Pero D. Martín no se daba á partido, y así seguían, la doncella en clausura, lacio y desvaído el farmacéutico y tan bárbaro como siempre el glorioso inválido...

* * *

Una noche, ¡noche memorable en los anales de Valdehonda!, D. Martín, cuando apenas habían transcurrido cinco minutos desde su partida, cayó de nuevo como una bomba en la tertulia del notario con la venerable cabeza descubierta, desaliñado el traje, congestionado el rostro, sibilante el aliento.

— ¡Oiga usted, matasanos!, rugió encarándose con el médico, ¿no puede usted darme algo que mate de repente?, ¿no puede usted hacerme una sangría suelta?

— Pero, D. Martín, ¿se ha vuelto usted loco?

Y mientras se apoderaba de la tertulia el paroxismo de la sorpresa, sucedía una cosa muy rara. De pronto el capitán parpadeó nerviosamente; sus ojos se llenaron de lágrimas; y como si el tibio calor del llanto deshiciera su tremenda cólera, se abrazó al párroco, y con la voz alterada por los sollozos, el formidable inválido comenzó á murmurar:

— Se acabó, se acabó... Yo no puedo resistir este golpe, ¡porra!; les digo á ustedes que me muero... Verá usted, señor cura... Llego á mi casa y no hay nadie... nadie, ¿me entiende usted?... El corazón me da un salto en el pecho y siento que la sangre me ahoga... Entro en el cuarto de mi hija... ¡nadie tampoco!.. La cama sin deshacer, los muebles en su sitio, el retrato de su madre á la cabecera. De pronto veo un papel sobre una silla... sólo dos líneas, señor cura: ¡no importa!; ¡fueron dos anillados puñales que se me clavaron en el pecho! Mi hija, mi Angustias, me abandonaron... me deshonraron... me mata... Lea usted, ¡porra!, lea usted...

Toda aquella historia que el viejo inválido balbuceaba entre hipos convulsivos estaba en aquellos dos renglones. Angustias, como la mitad por lo menos del censo femenino, se escapaba con su novio don Fidel.

El hecho en sí no tenía nada de particular, sólo que ahora el papá de la niña era el terrible manco, y esto daba á la vulgaridad del rapto trágicos caracteres.

¿Pero cómo se había atrevido Fidelito, después de la aventura de marras, á semejante desafuero?

Eso se verá en seguida; pero «no adelantemos los sucesos», como dicen los novelistas.

Agobiado D. Martín por su desventura, pesaroso el clérigo, callados el notario y el juez y muy desazonado el galeno, llegaron todos, como en fúnebre procesión, á casa del capitán. A D. Martín se le volvieron á humedecer los ojos, y echó escalera arriba bamboleándose como un borracho y apretando los puños. Detúvose frente al cuarto de su hija, triste y solo como una jaula vacía, y poniendo su alma entera en dos palabras, exclamó señalando al interior:

— ¡Ya ven ustedes!.. ¡nadie!

Y hundiendo la cabeza en las blancas almohadas del lecho, lloró, lloró como un niño grande, vencido por aquel dolor que le destrozaba despiadadamente las entrañas.

De pronto se irguió en medio del cuarto; sus ojos estaban secos. El cura, el notario, el doctor y el juez leyeron en ellos no sé qué resolución irrevocable, ¡alguna atrocidad, de seguro!

El inválido salió de la habitación de su hija, entró

en la suya que estaba contigua y, á poco, sin decir palabra, con majestad «augusta» que hizo subir de punto el sobresalto de los presentes, volvió á presentarse en la alcoba.

Se había puesto en el pecho su cruz laureada y oprimía en su mano izquierda un pistolón enorme. Paralizados de espanto D. Melquiades y sus tertulios, se apiñaron contra la pared. Entonces, rompiendo con pausada voz aquel silencio lúgubre, exclamó el capitán:

— ¡Señores! Ustedes son testigos de que D. Martín Cañizares, capitán retirado de infantería y caballero de la laureada de San Fernando, no quiere vivir sin honor, y ahora mismo, ¡porra!, se va á levantar la tapa de los sesos...

...Se abalanzaron todos á D. Martín, sujetándole el brazo, el único brazo, con que pretendía consumir aquella atrocidad sublime; pero el manco agitaba en el aire el rígido muñón, y con las sacudidas del tronco vigoroso hacía bambolearse al cura y al notario, al médico y al juez, lo mismo que el jabalí herido en la selva zamarrea á la jauría que ha hecho presa en sus carnes ensangrentadas. Y seguramente se hubiera roto el bautismo de un balazo, á pesar de los esfuerzos de sus amigos, si en aquel instante «trágico» no hubiera aparecido Angustias medio desmayada en brazos de la mujer del médico y alterado el hermoso rostro por el miedo y las lágrimas... Detrás, bastante detrás y más amarillo que la cera, venía D. Fidel.

El inválido dejó caer el pistolón. Se maravillaba de que su hija y el «vil seductor» se atrevieran á arrostrar su presencia, y en vano torturaba su cerebro para encontrar un castigo digno de la afrenta recibida. ¡Ah! ¡Los miserables le escarnecían después de deshonrarlo!..

— ¡Déjese de deshonras y garambainas, señor don Martín!, gritó en esto la médica, que era una hembra de pelo en pecho: su hija de usted es más honrada que las once mil vírgenes y tan santa como las del cielo...

Lo extraordinario de la afirmación en tales instantes, dejó un poco parado al capitán. La médica se aprovechó de aquel segundo, robado por el asombro á la terrible cólera del viejo.

— Sépalo usted, D. Martín de mis pecados; Angustias ha escrito ese papel, porque yo misma se lo dicté hace dos horas; y luego me la llevé yo á casa; y en casa ha estado el ángel de Dios sin que nadie le llegara á la ropa... y D. Fidel no ha pasado del portal... y de esto que digo puede dar testimonio el pueblo entero...

— ¡Vaya usted al infierno, señoral, exclamó el capitán iluminándosele el rostro á pesar del taco. ¿Me querrá usted decir qué significa esa monserga?

— Quiere decir, mi Sr. D. Martín, que yo he zurrado toda esta trama; quiere decir que usted está matando á su pobrecita hija, cuya pena partía los corazones, y quiere decir que merecía usted que le pasase... lo que no ha pasado... ¿se entera usted?

— ¡Porra con las mujeres!, barboteó el capitán. ¿De modo que?..

— De modo, interrumpió el médico, que si le sigue á usted el capricho, aún está usted á tiempo de enterrar á su hija con palma...

Angustias se precipitó en los brazos de su padre. El capitán sintió el tibio contacto de unas manos que le acariciaban el rostro y de unos labios que se posaban en sus mejillas. Bruscamente se limpió de un revés las lágrimas, y con voz otra vez entera y terrible gritó encarándose con el clérigo y señalando con el muñón á los novios:

— ¡Fusílelos usted, señor cura!

— ¡Hombre!, balbuceó el párroco recelando una nueva barbaridad, ¿yo fusilarlos?

— Pues cáselos usted... ¡qué porra!; viene á ser lo mismo.

El clérigo, mal repuesto todavía del susto, murmuró al oído de Angustias:

— Hija mía, cuando te cases bórdale una laureada á tu padre, que harto ganada se la tiene. Pero escucha: si puedes... quítale el pistolón.

LUIS LÓPEZ-BALLESTEROS.

(Dibujo de Méndez Bringa.)



MEMORIAS DE UNA MONEDA DE ORO

En la habitación más oscura de una miserable casa, vivienda sombría de un usurero de los más rapaces, y como agazapada en un rincón, encajaba una arca de hierro de ángulos reforzados y triple cerradura.

En esta férrea tumba de todo sentimiento humano guardaba el mal hombre sus caudales, que eran muchos y sólidos: plata, oro, billetes y buen número de escrituras más firmes y más reforzadas con todos los candados y cerrojos de la Ley, que el negro arcón de las tres llaves.

Todas las noches entraba el usurero á hacer el arqueo de sus riquezas, por si alguna se le había escapado por las juntas de las planchas metálicas.

Y cuando salía del negro cuartucho, se colaba el diablo por debajo de la puerta laminando diabólicamente su peludo cuerpo; y cuando estaba dentro, hinchábase como muñeco de goma, hasta recobrar sus dimensiones propias. Entonces se le encendían los ojos verdosos, como linterna sorda; con la punta del rabo, á modo de infernal ganzúa abría las tres cerraduras del arca y, como antes el usurero, hacía el ángel de la noche el recuento de las varias riquezas para poner en regla y al día la contabilidad de infamias, robos y maldades.

En cierta ocasión y al contar las monedas, rozó con la acerada uña de sus ganchudos dedos una pieza de oro; y la hermosa del dorado brillo se quejó de aquel maltrato á que no estaba acostumbrada.

Como el diablo de nada se extraña, porque ha visto mucho en este mundo y en el otro, no se extrañó de que la moneda hablase; y entre el dorado centén y el enemigo malo se entabló un amistoso diálogo, de cuyas resultas la moneda le contó sus aventuras al proterbo y aun le rogó que le sirviera de amanuense para escribirlas.

Consintió Satanás, que cuando no le va en ello la salvación de una alma es complaciente y hasta bondadoso; y las *Memorias* de la áurea pieza quedaron consignadas por escrito.

Andando el tiempo, aquellas *Memorias* desaparecieron, ó porque las devoró el incendio, ó porque alguien se las llevó creyendo que eran papeles de importancia, ó porque se las llevó el mismo diablo, que había servido de amanuense, para entretener sus ocios en el infierno, ó por otro motivo cualquiera que ignoramos, y sólo quedaron algunas hojas, que interpretadas más que leídas, porque el diablo tiene muy mala letra y en nada le gusta ni la claridad ni la limpieza, dicen como sigue:

Y aquí habla la moneda de oro.

...Pues en aquel verano me llevó al campo un señorito de la corte. Y en el bolsillo de su chaleco estaba yo muy tranquila, cuando al cruzar mi dueño una heredad, como más acostumbrado á atravesar salones alfombrados que toscos y desiguales terruños, tropezó y cayó, y con la sacudida salté del bolsillo y caí también.

Él se levantó maldiciendo del campo y se fué cojeando; y yo me quedé perdida en el hueco de un surco.

¡Qué mal lo pasé! ¡Y cuánto sufrí!

¡Qué dolores, qué penas, qué soledades, qué tristezas y qué humillaciones!

Mi exquisita, delicada y aristocrática naturaleza, ni estaba acostumbrada ni se acostumbró nunca á aquella vida del terruño.

Sufrí vientos que empolvieron mi bruñida superficie.

Sufrí lluvias, que no puedo decir que me calaron hasta los huesos, porque nunca los tuve, pero que me molestaron lo que no es decible. Y como llevo adherida á mi esencia incorruptible una maldita liga, hasta tuvieron las aguas la pretensión de oxidarme; y si no sufrí catarros y reumas fué por lo robusto de mi naturaleza, que por lo demás la intemperie hizo lo que pudo para que yo enfermase.

Luego, el campo está lleno de mil bichos asquerosos que me trataron con tan poco respeto - á mí que soy de raza real y que llevo en mi cuño armas gloriosas y motes divinos, - como pudieran tratar á cualquier pedrusco miserable ó á cualquier montoncillo de tierra.

Y vinieron las labores del campo, y de lo lindo me zandearon toscos y estúpidos gañanes con sus patazas sucias y con sus rudos y crueles instrumentos de labranza.

Más de una vez el golpe de una azada me hizo ver las estrellas y me rompió uno de los primorosos cordones que me adornan.

¡Que no hubo dolor que no hiciera vibrar mis fibras, ya que no mis nervios, ni afrenta que no sufriese!

Cuando palas y azadones se iban y descansaba malamente durante la noche contra un guijarro y abrigada por un terrón, rompía de pronto la mañana, odiosa para mí, porque jamás había visto amanecer, y me encontraba con la reja del arado que brutalmente me revolvió, y entre pedruscos y raíces y malas hierbas me arrastraba por el surco ó me arrojaba á un lado.

Y á la vuelta siguiente era peor; porque uno de los bueyes, animal pesado y grosero, que yo no había visto nunca, y que sólo en tener cuatro patas se parece á los nobles caballos de un tronco inglés ó á los de pura raza por los que tantas veces había apostado en las carreras; un buey, repito, de los que tiraban del arado, tuvo el atrevimiento de plantarme encima su enorme y grosera pezuña; ¡y esto á mí, que había sido acuñada por fino troquel labrado por primoroso artista con todos los lujos de la heráldica monetaria!

Pues el animalote enorme me pisoteó sin compasión, haciendo fuerza sobre mi dorada rodaja para tirar del arado, y meneando la sucia cola, acaso en señal de triunfo.

¡Mas ay! que con su compañero aún lo pasé peor.

Jamás he sufrido humillación semejante. Al recordar aquella afrenta vibran todos los átomos de mi ser; y con ser áurea mi esencia, enrojezco y me desespero.

Pasaba por encima de mí aquel animal grosero, con sus cuernos sujetos al yugo, con su aparente mansedumbre, con su tardo caminar. Y pasó todo él, y ya me creí libre de su contacto repugnante.

Un momento más y habría pasado el monstruo del todo. Miré hacia arriba y estaba á plomo de su cola sucia y enmarañada.

Pues aquel fué el momento que escogió la bestia inmundicia.



da para arrojar sobre mí, como impura catarata, todas las heces de su bestial desprecio.

¡Sí, yo, oro puro y brillante; yo, la del noble cuño y el sin igual troquel; la de las artísticas líneas, me vi de repente envuelta, no en otras pastas de oro, sino en las pastosas miserias de una enorme bestia, que cree cumplir su deber tirando de un arado y estercolando los campos!

¡No sé qué pasó por mí! Quedé inmóvil: el rojo de mi faz, por caso de fuerza mayor era ya verdoso, y la inundación del cornudo cuadrúpedo me apretaba contra la tierra como troquel asqueroso. Pasó la yunta y se alejó el arado, y de tal modo me dejó, que no me hubieran conocido ni los auríferos placeres en que nací, ni la pepita que me llevó en su seno, ni el crisol en que me derritieron, ni los acerados troqueles, que en tiempos felices y lejanos me dieron artística forma.

Así pasaron horas y horas de tormento y afrenta, y hubieran pasado muchas más si no hubiera acertado á cruzar por allí un perro de ganado, que por piedad ó por golosina me limpió con su lengua de escarlata.

En otra ocasión, á insulto hubiera tenido el contacto de aquella generosa lengua, que al fin era la de un perro ordinario. Pero en tales abismos de desdichas había caído, que por acción noble tuve la de aquellos blandos y calientes lengüetazos.

Y hay que confesar que el perro me dejó que daba gusto verme.

Con los acentos más puros de mi noble esencia metálica le dí las gracias; y él, aunque tosco, con toda la ruda cortesía que cabe en un mastín me replicó en forma de gruñido.

Y yo, como noble moneda de oro, con vocecilla aristocrática; y él, como villano de buen natural, con su áspera garganta, nos comunicamos nuestros pensamientos.

Yo le relaté mis desdichas, y él trató de explicarlas; y no dejó de chocarme su cultura, impropia de su condición humilde y hasta salvaje.

No es que sus razones me convencieran; pero me chocó lo astuto, ya que no lo profundo de su argumentación.

Toscamente se expresaba y ásperos eran sus gruñidos, como lenguaje de campesinos y cabreros; pero allá en el fondo descubría yo ciertas malicias burlescas, á las que cortésmente replicaba y con paciencia sufría por el bien que había recibido del simpático can.

Él quería darme á entender que mis desdichas, humillaciones y afrentas, incluyendo la última, no iban dirigidas personalmente contra mí; que más bien debía considerarlas como formas simbólicas de esa protesta eterna del trabajo penoso contra el lujo

refinado, en la eterna evolución de la vida social.

Claro es que el perro no se explicó de este modo, ni él entendía de simbolismos y evoluciones; pero en el fondo de sus ladridos algo así quería dar á entender. Y yo que he visto mucho, que he visitado talleres y bancos, gente rica y gente aristocrática, damas elegantes y caballeros del *sport*, obreros y sabios, pródigos y avaros; yo que he recorrido, en suma, todas las clases y todas las esferas de la sociedad, aunque hace mucho tiempo que no las recorro porque el noble metal de que estoy fabricada escasea; yo que en mi retiro medito y descanso mientras trabajan por mí unas cuantas tiras de papel, mejor ó peor grabadas, á que llaman *billetes*; yo, en fin, sé y comprendo lo que el perro quería decirme con sus groseros gruñidos y ladridos destemplados. Sí: en parte tenía razón. Era la protesta del campesino contra el cortesano, del trabajo tosco contra mi noble trabajo; de la necesidad primitiva contra el lujo refinado; eran bocanadas verdes de bilis empujadas por el espasmo de la fatiga sobre mi dorada superficie por tanto tiempo immaculada y acariciada más de una vez por dedos finísimos y por destellos de pedrería.

Por de contado que yo quise defenderme y quise replicar, y á los gruñidos del mastín opuse mi vocecilla pura y más que argentina porque era aurífera. Pero el mastín se empeñó en no comprenderme.

¡Es que yo también soy producto del trabajo!, le decía. ¡Es que yo también contribuyo á la civilización universal! ¡Es que si yo te contase mi historia, te probaría que soy mucho y que valgo mucho, y que si hay en mi vida malas acciones, que en este surco y sufriendo afrentas de mal educados bueyes estoy purgando hace más de un año, en cambio hay páginas nobilísimas en mi larga peregrinación desde aquella divina California á este maldito terruño.

Y quise explicarle lo que yo era y lo que yo había hecho, y le rogué que me cogiera con sus blancos dientes y me llevara á su amo; pero el perrazo, aunque no era de mala índole, era grosero. No me hizo caso; lanzó un último gruñido, meneó el rabo á modo de despedida, salió á la carrera, y no le vi más.

Con lo cual me quedé en el campo y continuó la cadena de mis desdichas.

Por entonces vinieron grandes lluvias. Menos malo. El agua es limpia, y los chaparrones del cielo son más puros que los chaparrones de ese animal monstruoso que se llama buey, cuando el forraje de primavera da pretexto á las hazañas de su mala educación.

El agua del cielo es pura: es verdad. Pero es impura la tierra, que con la lluvia se convierte en barro, lo cual no hice yo nunca. Pero ello fué que en barro estuve metida quince días: en barro sucio y pegajo-

so, como en él se embute cualquier innoble guijarro.

Después cayó una gran nevada, y un manto blanco y purísimo me cubrió.

Aquello fué un consuelo para mí. Me pareció que la real imagen de mi cuño se vestía de armiño. Era un manto inmenso que llevaba sobre mis hombros postizos y que se extendía majestuoso por toda la heredad.

Fué un consuelo para mí, pero que duró poco.

¡Quién me sacará de este desierto!, pensaba yo. ¡Cuándo volveré á la civilización, cuándo trataré con personas cultas!

Pero nada. Siempre en el surco.

Y al fin llegó la siembra.

Un gañán vino arrojando puñados de trigo.

Uno de aquellos granos cayó junto á mí y nos miramos cara á cara. Es decir, él me miró la mía, porque yo la tengo por la gracia de Dios; pero yo no le pude mirar la suya, porque no la tenía. Era una pepita chiquituela, de forma vulgar, sin letrado ni en latín ni en castellano; sin armas reales ni nacionales; sin el toisón de oro que tan bien les sienta á los de mi estirpe. Y á pesar de la lisura y vulgaridad de todo su ser, el granillo era orgulloso, más orgulloso que yo, y me miraba con una mezcla de curiosidad y desprecio.

Tal vez porque era dorado el pequeñuelo pretendía compararse conmigo. Así me dijo más tarde que los poetas se deshacían en versos al hablar de la *dorada espiga*.

¿En qué quedamos?, repliqué. Esto de tener superficie dorada, ¿es bueno ó es malo? El trigo es dorado; pero el oro no es dorado, que es oro.

De aquí resultó una viva polémica entre el larguirucho grano de trigo y mi redonda y noble persona.

Una disputa más viva, más ardiente, más enconada, más profunda que la que había sostenido algunos meses antes con el mastín.

Pero el grano de trigo no se me podía escapar como el mastín se me escapó. Tenía que oír mis razones; tenía que rebatir mis argumentos; y á fe que los suyos eran formidables; pero yo nunca me dí por vencida.

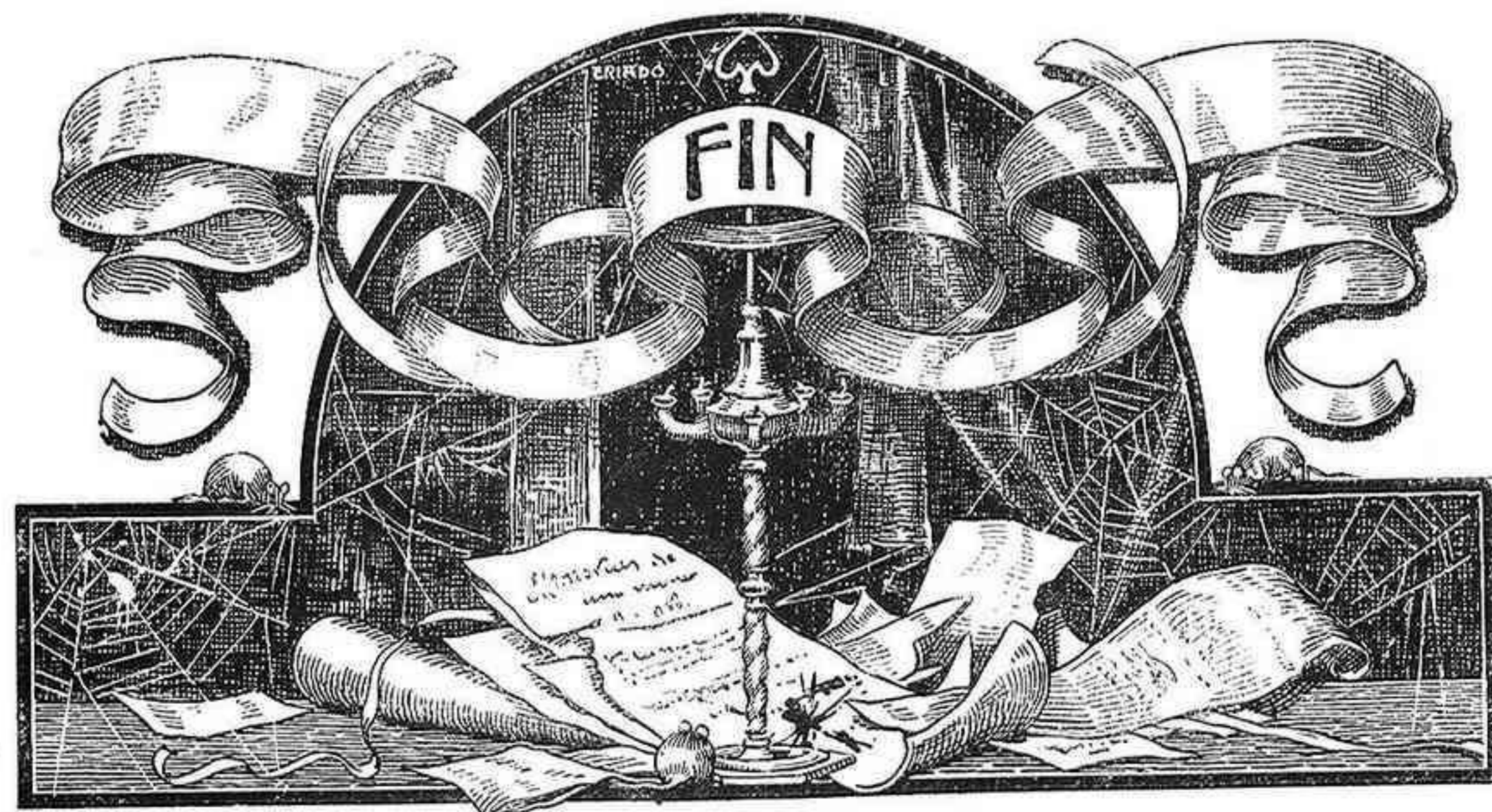
Frente á frente estábamos el dorado grano de trigo y la moneda de oro: él y yo; y de este modo argumentábamos.

Mas aquí acaba la única hoja que se pudo encontrar de las *Memorias* dictadas por la moneda de oro y que tuvieron por amanuense al diablo.

Si al fin algún erudito da con la hoja siguiente, sabremos lo que dijo el grano de trigo y lo que la moneda contestó.

JOSÉ ECHEGARAY.

(Dibujos de Triadó.)





Entreteníanse ambos en tejer ensueños

DIOS DA TURRÓN...

Del gran puerto bonaerense salieron embarcados los recién casados en uno de esos transatlánticos que de atroces asustan y parecen ciudades, y aunque la travesía es larga, no tuvieron ocasión de aburrirse, ¡porque venían más ocupados! en mirarse, como tontos, en besarse por todos los rincones, y en pensar y en decírselo, con la boca revenida de miel, que Dios había hecho cosa tan sublime como el amor exclusivamente para ellos: tan cierto es que el exceso de felicidad nubla el entendimiento y vuelve de capirote al más listo. Pero, como hay tiempo para todo, y más para el que sabe aprovecharlo, en los intervalos, apoyados sobre la borda ó sentados bajo la toldilla, mientras el aire salino les acariciaba á la manera del rústico que quiere agasajar con franqueza rayana en grosería, entreteníanse ambos en tejer ensueños, en echar sobre la endeble base del deseo los cimientos del hogar futuro en que habían de aislarse para gozar mejor del bien conquistado: él quería que fuese una casa con jardín inmenso como una selva, donde pudieran perderse y andar como los pastorcitos de las églogas y junto á la cual tuviera la fábrica, que no debe estar reñida la realidad con la poesía; ella optaba por asentarla en el pico inaccesible de una montaña, donde la mirada humana no les molestara, con torrecillas y almenas, como las fortalezas, un lago de un costado, el mar abierto del otro y empenachada de nubes.

Él la quería en Francia, la refinada; ella en Italia, la pintoresca; ó ya, mudando de capricho, en Alemania, la romántica; en Inglaterra, la nebulosa, y en los Andes ó en las pampas de la patria. Al cabo perdían pie, y muy seriamente pensaban si no fuera mejor edificarla en el seno de aquel mar, toda de topacios, esmeraldas y diamantes, ó allá arriba, bajo la cúpula del espléndido cielo americano, en la Cruz del Sur por remate.

En cada puerto creían ver uno y otro la ideal morada, irguiéndose entre el verdor de la orilla ó el azulear de la altura, y convenían en que no era ésa, ni aquélla; la suya, la propia era otra, y seguían acopiando materiales para construirla, plantando arbolitos,

trazando caminitos; y cuánto adelantaba la obra, puestos de acuerdo los dos arquitectos!, ¡qué hermosa parecía y qué magnífica!, como hecha á expensas de la imaginación, que es tesoro que no se agota tan presto como el bolsillo.

* * *

Pues, señor, se acabó la travesía, desembarcando mi gentil pareja en la ciudad italiana que muy justamente llaman de apodo la *Soberbia* y la *Marmórea*, y la curiosidad les llevó de zarandillo, subiendo cuevas y bajando cuevas, aquí te muestro una iglesia, allí te enseño un museo, acullá un palacio, más lejos un cementerio y todo lo que los viajeros han de visitar si tienen piernas; mas los pobrecillos (dígase con la promesa de no divulgar el secreto), en achaques de arte no presumían de eruditos, y sacaban de tales andanzas caliente la cabeza y los pies molidos. Sonreía la primavera, estación deliciosa en que la juventud y el amor gustan de retozar por la campiña de bracero, y á vejeces arqueológicas, que huelen mal, y á cuadros respetables de muy respetables autores preferían ellos el aire, el sol, el cielo, el mar, las estrellas y las flores, la obra magnífica de Dios, á quien todos admiran y comprenden.

Dejaron, pues, á la curiosidad, su guía fastidioso, y *tris, tras*, en un carricoche alquilón se marcharon adonde les dijeron que encontrarían lo que buscaban, que no estaba en los antípodas, sino tan cerca que en breve dieron con una verja muy suntuosa y un estirado señor, que ó era portero ó ministro, el cual amablemente consintió en que pasaran. ¡Oh sorpresa! Aquélla, sí, era la suya, la propia, la única, la mansión soñada, nido ideal de su ventura. ¡Oh maravilla! Algún mago astuto, sin duda, les robó, mientras dormían, el plano fantástico y por los aires le trajo hasta la orilla, realizando en una noche cuanto ellos imaginaron, cosa fácil para ese mago que llaman Trabajo.

La misma casa blanca, escondida entre la fronda; las mismas veredas serpentinadas al través del jardín; el cenador misterioso en un altozano; las fuentes lloronas; el lago con sus barquillas; la gruta azul de arti-

pillla gótica, frente al mar tendido en anfiteatro. ¡Ay! Mi parejita abría tamaño ojo y suspiraba. Sobre el césped, al borde de las fuentes, en la penumbra de la gruta, entre las flores y las mariposas, parecía revolotear el amor con sus alitas de gasa. Aquel paraíso era el templo del amor. ¿Verdad, señor ministro ó señor portero?, ¿verdad que aquí pasan su luna de miel algunos novios regios?

Ella hacía la pregunta, bajando la cabecita rubia con despecho. Y el estirado señor se dignaba dar informes: el propietario era marqués, un marqués riquísimo... ¡Rico y marqués!. ¡Qué feliz debía de ser! Mucho, mucho más que ellos todavía. ¿Era casado?, ¿era soltero?, ¿joven?, ¿viejo? Pero el personaje no contestaba ya, por discreción ó por sordera. Ellos pensaban que sí sería joven, ¿cómo no?, y tendría su linda mujercita y su media docena de angelotes graciosos; porque un paraíso sin ángeles, ¿quién lo concibe?

En esto notaron que el personaje se volvía y con gravedad señalaba hacia la casa:

— El señor marqués.

Y vieron que, sentado bajo el comedor, estaba un anciano, muy pulcro y muy tieso, de sombrero de paja, chaqueta de seda amarilla y un grueso bastón en la mano; miraba al mar con fijeza extraordinaria, y en medio de la alegría primaveral que le rodeaba, él solo se mostraba triste, profundamente triste, amarga representación de lo pasado, dolor viviente, nota de invierno que sombreaba el cuadro. Los que acercándose venían y le contemplaban, se detuvieron en el camino, y él siguió mirando al mar, como petrificado: aquel paraíso, del que él era dueño, no tenía para él encantos ni colores, é inútilmente la naturaleza, el arte y la fortuna se empeñaban en distraerle y consolarle.

Pasaban los otros y saludaron respetuosamente, y él no se movió tampoco; siguió mirando al mar, siempre fijo, indiferente al espectáculo de la vida.

La parejita envidiosa comprendió entonces, aterrada...

¡Era ciego!

CARLOS MARÍA OCANTOS.

(Dibujo de Huertas.)

EL ALJÓFAR (CUENTO)

Los devotos de la Virgen de la Mimbralera, en Villafán, no olvidarán nunca el día señalado en que la vieron por última vez adornada con sus joyas y su mejor vestido y manto, y con la hermosa cabeza sobre los hombros, ni la furia que les acometió al enterarse del sacrilego robo y la profanación horrible de la degolladura.

Todos los años, el 22 de agosto, celébrase en la iglesia de la Mimbralera, que el vulgo conoce por *la Mimbre de los frailes*, solemne función de desagracios.

La Mimbralera había sido convento de dominicos, construido, con espaciosa iglesia bajo la advocación de Nuestra Señora del Triunfo, por los reyes de Aragón y Castilla en conmemoración de señalada victoria. La imagen, desenterrada por un pastor al pie de una encina, no lejos del campo de batalla, y ofrecida al monarca aragonés la víspera del combate, fué colocada en el camarín que la regia gratitud enriqueció con dones magníficos. Aunque relegada al pie de la sierra, en paraje bravío y montuoso, próxima solamente á un pueblecillo de escaso vecindario, la iglesia del Triunfo gozó de universal nombradía, y la fama de la milagrosa Virgen, extendiéndose más allá de la región, cundió por España entera. Más de un rey, de la trágica dinastía de Trastámara ó de la melancólica dinastía de Austria, vino á la Mimbralera en cumplimiento de voto, en acción de gracias por algún favor obtenido del cielo mediante la intercesión de la Virgen del Triunfo, dejando, al marcharse, acrecentado el tesoro con rica presea. Las reinas, no pudiendo ir en persona, enviaban de su guardajoyas arracadas, ajorcas, piochas, tembleques y collares; y doña Mariana, madre de Carlos II, queriendo sobrepujarlas á todas, regaló el incomparable manto, de brocado de oro con recamo de esmeraldas y gruesas perlas en infinitos hilos de aljófar; una red de hilos que recordaba el rocío de la mañana sobre los prados, y que al salir la imagen en procesión, se soltaban y eran recogidos piadosamente por los devotos en un cuenco, ya destinado, de tiempo inmemorial, á este uso.

El amor del pueblo de Villafán había salvado del saqueo este manto célebre y el resto del tesoro de la Virgen, en la época de la excomunión; y el 21 de agosto, fiesta de la Mimbralera, la imagen, luciendo completas sus alhajas, bajaba del convento al pueblo, seguida de inmenso gentío venido de toda la sierra; descansaba en la plaza Mayor, y se recogía á su camarín antes de ponerse el sol, permaneciendo en él, engalanada y ataviada, hasta el amanecer del siguiente día, hora en que la camarera, ayudada por dos mozas de lo mejor del lugar, iba á desnudar á la reina del cielo, recoger sus preseas y vestimenta y sustituirla por la ropa de diario.

El año del robo, memorable en los humildes anales de Villafán, al entrar la camarera — esposa del juez municipal, señora de mucho viso — en el trasaltar y subir las escaleras que conducen á la plataforma donde se apoya la peana de la imagen, por poco se cae muerta.

La efigie estaba despojada, sin manto ni joyas, sólo con la túnica interior de tisú, y detalle espantoso: estaba decapitada: la cabeza, serrada á raíz de los hombros, más abajo del sitio donde se atornillaba la gargantilla de piedras preciosas, había desaparecido.

Media hora después, el pueblo entero, frenético, delirante de indignación, invadía la iglesia, y los comentarios y las hipótesis principiaban á hervir en el aire. Alcalde, secretario, médico, juez, párroco, sargento de la guardia civil, cuanto allí representaba la autoridad y la ley, se reunían para deliberar.

Era preciso descubrir á los malhechores, sin pérdida de tiempo, porque de otro modo el vecindario de Villafán haría una que fuese sonada.

Ya, sobre el desesperado llanto del mujerío, se destacaban las voces amenazadoras de los hombres, los tacos, las interjecciones y las blasfemias, y las manos, impacientes, se crispaban alrededor del garrote, ó requerían, en las vueltas de la faja, la navaja de muelles.

Dos cosas urgían mucho: prender á los culpables, pero impedir que los hiciesen trizas. Si no se lograba lo primero, lo que importaba de veras, la multitud haría lo segundo con el cura, con el sacristán, con todos los que debían velar, y no habían velado, por la adorada patrona del pueblo, cuya mutilación acababan de comprobar entre rugidos de ira. Prender á los culpables. Sí; pero... ¿dónde estaban?

Ese ruido sordo y profundo como la subida de la marea; ese eco de un acento repetido por centenares de voces, que se llama el rumor público, acusaba ya, designaba ya á los reos. No eran, ni podían ser, sino los acróbatas que la víspera, en la plaza, habían ejecutado sus habilidades y recogido buena cosecha de cuartos. ¡Aquellos pillastres vagabundos, aquellos titiriteros se llevaban el tesoro de la Virgen! Al anocheecer, desbaratado el tabladillo, recogidos y cargados en carros y jaulas los chirimbolos y los dos ó tres monos y perros sabios, se les había visto alejarse en dirección á la Mimbralera, diciendo que se proponían trabajar al día siguiente en Guijadilla. Para bergantes así, avezados á toda truhanería, no era difícil acampar en el robledal, y sigilosamente, entre las sombras, asaltar la iglesia, á tales horas solitaria. El sacristán, contrito y trémulo, confesaba que en vez de vigilar había dormido á pierna suelta en su domicilio, una de las mejores celdas del antiguo convento; el cura de la Mimbralera no negaba haber pernoctado en el pueblo, en casa del alcalde, después de una cena copiosa. ¿Quién pensaba en la posibilidad del atroz sacrilegio? Los ladrones, teniendo por delante la noche entera, pudieron despacharse á su gusto. Patentes se veían las señales: la puertecilla lateral de la iglesia se encontraba forzada, abierta de par en par; tres hierros de la verja del camarín, limados y arrancados, dejando boquete para cabida de un cuerpo; y en el propio camarín, sobre el piso de mármoles, huellas de pasos, fragmentos de madera, un serrucho olvidado al borde de la peana, revelaban la forma en que el atentado debió de cometerse. Como decía muy bien Ricardo *el Estudiante*, el hijo de la difunta tía Blasa, que era el que más enardecía á la amotinada muchedumbre, los infames ni aun se cuidaban de esconder los instrumentos del delito. ¡Ellos, ellos eran! ¡Ni cabía dudarlo!

Púsose en movimiento la guardia civil, y á pesar de oponerse formalmente el sargento, la precedieron bastantes mozos de los reos y fornidos, que así andan diez leguas á pie con un criminal, aunque tenga las fuerzas y virguerías de la compañía, el titiritero que le acompaña en vilo, jugando, una pesa de hierro mave en el bolo en que remata el campanario de la Mimbralera. ¡A descubrir á los ladrones, contra! — en embargo, el veterano sargento de la guardia, mordiendo de soslayo el mostacho rudo, parecía rumiar no sé qué recelos, no sé qué sospechas misteriosas. Su mirada astuta, penetrante como un punzón, escrutaba el grupo que formaba la vanguardia, capitaneado por Ricardo *el Estudiante*, que blandía una vara recia, profiriendo imprecaciones contra los sacrilegos. Los guardias son muy mal pensados. Ni pizca le gustaba Ricardo al buen sargento. Conociale de sobra: un jugador eterno y sempiterno, tan poseído del vicio, que no pudiendo satisfacerlo en Villafán, pues sólo los días de feria hay quien tire de la oreja á Jorge, se iba por los pueblos, y hasta por Madrid y Barcelona, apareciendo siempre donde se hojease el libro de las cuarenta hojas, el libro de perdición. Por instinto y costumbre, el sargento tenía de ojo á los jugadores. Sabía que son simiente de criminales, como lo es todo apasionado, que va al objeto de su pasión sin reparar en medios. No podría fundar el escozor que allá dentro notaba; pero mientras seguían el camino de Guijadilla, polvoriento y devorado de sol, guarnecido de carrascales y olivos blancuzcos, involuntariamente, en las paradas, miraba á Ricardo, estudiaba su cabeza greñuda, su fisonomía hosca, colérica y por momentos sellada con una expresión de cansancio indefinible, una especie de fatiga inmensa, cual la sombra de unas alas negras que la velasen. Y pensaba el sargento: «Si tú has pasado esta noche en tu cama..., quiero yo que mal tabardillo me mate.»

Perfilábase ya en el horizonte la torre de la iglesia de Guijadilla; era la hora meridiana cuando la turba, excitada por el calor y la molestia de la caminata hasta entonces inútil, divisó, en un campo donde verdeaban espadañas frescas, señal evidente de existir allí un arroyo, á la sombra de un grupo de alisos, á los titiriteros acampados.

Indudablemente esperaban ocasión propicia de entrar en el pueblo anunciando con tambor y trompeta sus ejercicios.

Tendidos en el suelo, echados panza arriba, recostados sobre los instrumentos, los saltimbanquis dormían la siesta, descansando de su jornada y del trabajo de la víspera.

Allí estaba completo el cuadro de la pobre y asendereada compañía: el payaso y director, embardado de harina y colorete, mostrando la boca abierta y obscura en la enyesada faz; el hércules, jayán, sudoroso, de rizada testa, ancho tórax y bíceps acentuados bajo la malla rosa vivo; la funámbula, más fea que un susto, larga y esqueletada como la estampa de la muerte; la saltarina de aros, regordeta, morena, graciosa, hecha un mamarracho con su faldellín de gasa amarilla y su corpiño de lentejuela azul; y por último, los dos niños, gimnastas, hijos del hércules; la chiquilla de doce años, rubia, pálida, de dulces facciones, y el chiquillo, de seis, gordiflón, derramados los rizos de oro en alborotada madeja alrededor de la sofocada carita. Los niños reposaban abrazados, recostado el pequeñín en el pecho de la hermana: ambos vestían la malla color carne, sobre la cual llevaban túnicas de seda celeste prendidas con rosas artificiales; y un aro plateado, ciñendo sus frentes, les daba aspecto de ángeles de gótico retablo.

La turba, detenida un instante, vociferó, aulló, precipitándose al campillo; y entre exclamaciones de sorpresa, voces que pronunciaban injurias y rugidos de alegría bárbara, en un santiamén los saltimbanquis, mal despiertos, aturdidos aún, incapaces de defenderse, se vieron cogidos, asaltados, rodeados cada cual de una docena de paletos, que blandían varas, esgrimían cuchillos, sacudían y zarandeaban y hartaban de mojicones á los supuestos reos del robo de la Virgen del Triunfo.

A su vez, corrieron los guardias, comprendiendo que allí iba á ocurrir algo terrible. Mientras los niños lloraban y chillaban las mujeres, el hércules, sin más arma que sus cerrados puños, juntándolos contra el pecho y despidiendo los brazos como movidos por acerado resorte, se defendía. Dos paletos mordían ya la tierra, el uno con las costillas hundidas, el otro con la nariz rota, soltando un río de sangre. Eran, sin embargo, muchos contra uno; Ricardo *el Estudiante*, lívido y feroz, azuzaba contra el saltimbanqui á los lugareños, y llovían garrotazos. Uno, bien asetatado, le cruzó la nuca, haciéndole tambalearse como acogotado buey; otro le alcanzó en la muñeca, partiéndosela casi.

A manera de jauría que acosa al jabalí y se le cuelga de las orejas, sin que los guardias, dedicados á proteger al resto de la compañía, pudiesen impedirlo, los paletos se estrecharon contra el hércules, que desapareció entre el grupo.

Se oyó el fragor de la lucha, el ronco resuello de la víctima; los guardias, echándose el fusil á la cara, se prepararon á hacer fuego á los verdugos; apartáronse éstos, saciada la ira, y se vió en el suelo una masa informe, sangrienta, algo que no tenía de humano sino el sufrimiento que aún revelaban las palpitations del pecho y la convulsión de las extremidades.

Los niños, sollozando, se arrojaron sobre el padre moribundo, cubriéndole de besos; y en aquel mismo instante, el sargento veterano, asiendo del brazo á Ricardo *el Estudiante*, clamó en formidable voz:

— ¡Date preso! Tú, y nadie más que tú, es quien ha robado las alhajas de la Virgen.

Y como *el Estudiante* protestase y los mozos acudiesen á su defensa, el guardia, extendiendo un dedo acusador, señaló á las greñas de Ricardo, á la inculta y revuelta melena que siempre gastaba. Todas las miradas se fijaron en el punto indicado por el guardia, y una convicción y un estupor cayeron de plano, súbitamente, sobre todos los espíritus. Entre la cabellera de Ricardo se veían, enredados aún, dos ó tres hilos de aljófar, de los que como telaraña irisada de rocío matinal bordaban el manto de Nuestra Señora de la Mimbralera.

El Estudiante confesó, y fué á presidio. Las joyas, entregadas á un tahur, un cómplice encubridor venido de Madrid y apostado en las cercanías del Triunfo para recoger la presa, nunca se recobraron, ni tampoco la divina cabeza, de dulce sonrisa extática, la amada cabeza de la Virgen.

Y de aquellos dos niños, huérfanos y solos, ¿quién sabe lo que habrá sido? Continuarán rodando por el mundo, adoptando posturas plásticas en algún circo, y poco á poco se irá borrando de su memoria la imagen del campo verde, festoneado de alisos y espadañas, donde vieron asesinar á su padre...

EMILIA PARDO BAZÁN.



POR ANDRÉS THEURIET, DE LA ACADEMIA FRANCESA

VERSIÓN CASTELLANA DE JUAN B. ENSEÑAT. - ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

I

El albergue que el pintor Ivo Cormier eligió por domicilio en Plô mar, daba al campo y á la bahía de Douarnenez. La dueña, viuda de Le Benzec, alquilaba la mayor parte de su casa á artistas ó á *turistas* que iban allí á veranear. Blanqueada con cal, compuesta de planta baja y un solo piso, la casita parecía dormitar, aislada al borde de un camino, en la cresta del acantilado cuya vertiente baja hasta el puerto de pesca.

A principios de julio - á las seis de la mañana - Ivo Cormier, que llevaba ya un mes de residencia en Plô-mar, despertó al canto de las golondrinas que revoloteaban por los aleros, se restregó los ojos, consultó su reloj y de un brinco saltó de la cama, diciendo:

- ¡Diantre!., las seis... y diríase que no ha salido aún el sol... Es un perezoso que falta á todos sus deberes.

Se puso sus pantalones y abrió la ventana de par en par. Una bruma blanquecina se extendía por el campo, impidiendo ver la bahía.

- ¡Esto me faltaba!, exclamó. Tengo cita á las siete con la Soisie para mi estudio, y la neblina va á fastidiarme. Afortunadamente el viento sopla del Este y despejará...

Abluciones abundantes, rápida *toilette*, luego una escudilla de sopa caliente, tragada en la cocina de Mad. Le Benzec, y Cormier, saco al hombro, atravesó el camino.

Desde el fondo del puerto, jovial gritería infantil subía entre las blanquecinas transparencias de la bruma. Conforme Ivo lo había conjeturado, los vapores empezaban á ser menos densos. Largos rayos de sol acariciaban con su luz rosada el muro roqueño por donde serpenteaba un sendero escarpado; el pintor se cruzaba al paso con lavanderas que volvían con sus líos de ropa. Poco á poco el sol iba absorbiendo la neblina y descubriendo un admirable paisaje de mar.

Bajo onduladas praderas, entre un marco de hayas, encinas y fresnos, la bahía, chorreante de claridad, se extendía hasta perderse de vista. Un pálido matiz azulado coloreaba la superficie tranquila, mientras que lejanas gasas de un gris plateado cubrían aún el fondo. Oleadas de vapores opalinos se deslizaban á lo largo de las costas sumergiendo su base; pero las cimas surgían en pleno sol y, á la derecha, la doble cúspide del Menez-Homse se destacaba bañada de un color violáceo. Blancas gaviotas se cernían en el espacio y velas blancas corrían sobre el mar, que se azulaba cada vez más.

Ivo saboreaba, como hombre conocedor, aquella magia de paisaje matutino. Aquellos ramajes casi sumergidos en el agua; aquella ancha bahía cerúlea; aquella población que surgía de la bruma; aquella

divina armonía de árboles, cielo y mar, era hermosa como el más bello ideal. Cuando llegó al lavadero en que el agua de las fuentes producía múltiples reflejos entre las rocas oscuras, vió á su modelo que le aguardaba de pie sobre una piedra llana. Soisie era una trabajadora de diez y ocho años, costurera de oficio y á ratos modelo para los pintores, que abundan en Douarnenez. Tenía todo el tipo del país: cabello negro bajo la papalina encañonada, delicadas facciones, cutis claro y dos grandes ojos nada tímidos. Habiendo reconocido de lejos al pintor, estaba ya colocada en la actitud convenida: - levantada la cabeza sobre el fondo azul de la bahía, ocupadas las manos en hacer una media de lana, mientras que la brisa sacudía ligeramente su falda corta sobre sus piernas delicadas.

- ¡Magnífico!, exclamó Cormier, colocando su caballo. ¡Buenos días, Soisiel... Eso es... Ahora... ¡quietal...!

Y como hombre que conoce el valor del tiempo, después de haber comparado atentamente el modelo con el estudio empezado, se puso á trabajar.

Ivo Cormier había cumplido apenas veinticinco años. Era alto, flaco y robusto, con una fisonomía á la vez grave y abierta, con algo de fosco y acariciador en la mirada. Largo bigote negro y caído sombreaba su boca de labios graciosamente móviles. Hijo de un oscuro empleado de Quimperlé, abandonó, á la edad de veinte años, su querida Bretaña para trasladarse á París, donde entró en el estudio de Cabanel. Instalado en el último piso de una casa del boulevard Montmartre, vivía á duras penas de una pequeña pensión que le tenía asignada la Diputación de su provincia. Privado de todos los placeres parisienses, contentábase con comer á regañadientes su pan duro al tufillo de los guisados ajenos. Durante el invierno trabajaba en el estudio de su maestro, y á fin de aumentar sus flacos recursos, ejecutaba todos los trabajos concernientes á su profesión. Retrataba á precios ridículamente bajos á los tenderos de la vecindad, retocaba dibujos de aficionados y trabajaba para los comercios de objetos religiosos del barrio de San Sulpicio. A principios del verano volvía en tercera á su Bretaña, se albergaba en cualquier pueblecito de la costa y llevaba allí la económica vida de los campesinos, pasándose todo el día enfrente de aquellos paisajes, cuyo agreste encanto é íntima melancolía procuraba reproducir en sus lienzos.

Poseía el amor á su arte, alentado por un vehemente deseo de llegar á la celebridad. Estas dos pasiones le sostenían, permitiéndole soportar con valentía las privaciones, la monótona soledad y las decepciones de aquellos comienzos, que le parecían, sin embargo, más grises, más pelados y pedregosos que los eriales más áridos de su país de Cornouailles, como el perro de la fábula.

Tenía más templanza de lo que hubiera querido...

Sin embargo, aun cuando le tentaba el demonio del placer, su voluntad de bretón tozudo le mantenía en la prudencia. Volvía resultadamente la espalda á la tentación, y se limitaba, á guisa de confortación y de calmante, á repetir para sus adentros, no sin un poco de ironía, ciertos axiomas juiciosos por el estilo de éste: «La vida es demasiado breve... El tiempo es dinero y yo no tengo tiempo que perder...» Pero al mismo tiempo que ponía con prudencia una martingala á sus deseos, sentía tener que poner á raya su apetito. Prometíase que si llegaba á adquirir notoriedad y á vender sus obras, se desquitaría con creces de sus años de virtud, que él comparaba con las siete vacas flacas de la Escritura.

Mientras tanto trabajaba de firme, luchando contra las dificultades de la ejecución, dichoso como un dios cuando había logrado reproducir con exactitud un rasgo de fisonomía, un movimiento tomado del natural, un rápido efecto de luz. Entonces la embriaguez del trabajo se apoderaba de él de tal manera, que olvidaba su hambre de placer y no se acordaba ya más que de su arte. Aquella misma mañana, por ejemplo, en presencia de la linda Soisie, que era precozmente coqueta y hubiera gustado de charlar un poco con el artista en los momentos de descanso, él permanecía indiferente á las miradas insinuantes de la trabajadora. El arte le absorbía; la *mujer* no existía ya para él más que en estado de modelo, y el sensual atractivo que Soisie esparcía, como una flor exhala su perfume, se evaporaba en vano.

Sin embargo, aquella sutil emanación de la coquetería femenina no se perdía para todo el mundo. A pocos pasos del pintor y de su modelo rondaba un curioso que parecía doblemente dominado por la satisfacción de contemplar el agraciado rostro de Soisie y por el deseo de examinar más de cerca el lienzo del artista. Era un cincuentón macizo y bien conservado, de elevada estatura, algo barrigudo, sólido de piernas y ancho de espaldas. Sus patillas grises, á lo marino, daban cierto aire militar á su rostro de afeitados labios, de nariz sensual y de ojos grises que centelleaban bajo pobladas cejas. Su americana de grueso paño azul, su pantalón de la misma tela, aprisionado hasta las rodillas en polainas de cuero, se armonizaban en su sencillez con las facciones frías y los bruscos ademanes del personaje, dándole todo el aspecto de un señor rural injerto en un comerciante avisado y rico. Aquel paseante matutino era, en efecto, el señor Tanguy de Tromelin, propietario de la finca de Kerdouarnec y director de una de las principales sardinerías de Douarnenez.

Insensiblemente el Sr. de Tromelin se había acercado. Miraba por encima del hombro del pintor, á fin de contemplar el estudio en que la figura más de medio esbozada se destacaba sobre el fondo gris del lienzo. A medida que reconocía la exactitud de

la tésa y del busto, la naturalidad del movimiento, el recién llegado se maravillaba, y su rostro expresaba ese sentimiento de inquietud y de asombro que produce en el vulgo y sobre todo en los campesinos el descubrimiento de un parecido sorprendente obtenido por misteriosos procedimientos.

— ¡Hola, hola!, murmuraba con un guiño de ojos. ¡Buenos días, Soisie!... ¡Mi enhorabuena, caballero!... El parecido es extraordinario.

— ¿Le parece á usted?, replicó Ivo Cormier, sin interrumpir su trabajo... Empieza á salir, pero todavía falta mucho... Vuelva usted á eso de las doce y verá la cosa terminada.

— ¡Cómo! ¿Al mediodía quedará todo concluido?... ¿Cuándo empezó usted?..

— Ayer tarde, á las cuatro.

— ¡Es asombroso! Admiro su habilidad. Debe usted ganar mucho dinero pintando... Sin indiscreción, ¿cuánto le dan por un cuadro como éste?

— No tanto como yo quisiera. Hablando con franqueza, absolutamente nada, puesto que mi estudio no está destinado á la venta.

— ¿Entonces trabaja usted por gusto?

— Por gusto desde luego, contestó el artista, que excusaba la aparente candidez del interrogatorio, pero sobre todo para instruirme... En nuestro arte el aprendizaje es largo, y tenemos que ejectar muchas cosas como ésta para convertirnos en maestros y hacer fortuna.

— ¿De veras?, exclamó el fabricante de conservas, cuya fisonomía se iluminaba; entonces es necesario ser rico para emprender una profesión tan poco lucrativa.

— No es absolutamente necesario... Basta tener paciencia y estar dotado del sagrado fuego... Yo no nado en la opulencia. Sin embargo, el oficio me distrae y no me desaliento... Tal vez me queden aún tres años de lucha antes de ser conocido y vender mis cuadros; pero después tendré asegurada mi fortuna, y desde luego afirmo á usted que recuperaré el tiempo perdido.

Al terminar estas palabras, se reía con una risa silenciosa que arremangaba sus labios carnosos y descubría dos hileras de dientes blancos, dientes agudos y apretados, que parecían muy bien organizados para roer las manzanas del placer tan pronto como el fruto prohibido se hallase á su alcance.

El Sr. de Tremolin se había puesto súbitamente pensativo. La mordiscadura de sus labios y el arrugamiento vertical de su frente en el arranque de la nariz, revelaban una especie de cálculo laborioso.

De pronto pareció decidirse, sus ojos se iluminaron con un brillo agradable y se plantó bruscamente delante del pintor.

— ¿Cómo se llama usted, señor artista?, preguntó quitándose el sombrero.

— Ivo Cormier, dijo el pintor algo sorprendido de la singular actitud de su interlocutor.

— Pues bien, Sr. Cormier, yo soy el Sr. de Tremolin, director de las Sardineras de la isla Tristan... Vivo allá arriba, cerca de Ploa-ré, en la quinta de Kerdouarnec, y voy á hacer á usted una proposición.

— Usted dirá, Sr. de Tremolin, replicó Ivo saludando á su vez.

— El caso es que hace tiempo que deseo hacerme retratar... ¿Puede usted encargarse de hacer mi retrato?

— Con mucho gusto, caballero; puedo dividir mi jornada en dos... Hacer mis estudios por la mañana, y reservar á usted la tarde.

— ¡Perfectamente! Falta saber cuáles serán sus condiciones. En mi calidad de comerciante, me gusta hacer precio desde luego. Aunque de posición holgada, no puedo gastar una cantidad crecida por satisfacer un simple capricho, y si este capricho tuviese que costarme demasiado caro, renunciaría á él... con disgusto, pero renunciaría...

Ivo Cormier no andaba sobrado de dinero y su tiempo no tenía gran valor, mercantilmente hablando. Vió una ganga en aquella inesperada proposición y resolvió no mostrarse exigente.

— Sr. de Tremolin, contestó; su proposición me honra mucho y me gusta su manera de entablar los negocios... Vamos á ver, ¿le parece á usted caro trescientos francos?

— ¡Hombre! Trescientos francos no se encuentran en medio de la calle; pero puesto que es usted razonable, no tiraré de la cuerda... Vaya por cien escudos, y si quedo contento de mi retrato, le encargaré otro sin duda.

— ¿Otro?, exclamó Ivo engolosinado... ¿El de su señora quizá?

— No, señor; soy viudo, pero...

Aquí el señor de Tremolin se detuvo á reflexionar. Había tenido la palabra en los labios para pro-

poner igualmente á Cormier que hiciese el retrato de su hija; pero pensó de pronto que Marianic de Tremolin tenía veintidós años, y un escrúpulo le hacía vacilar. ¿Era prudente introducir cerca de una muchacha á aquel artista, que era un buen mozo?... «¿Por qué no?, dijo luego para sí; Marianic tiene demasiado dignidad para permitir que un embaudador de lienzos le haga la corte, y, por otra parte, si ese Sr. de Cormier no emplea más que doce horas en dibujar á la Soisie, nuestros dos retratos no le llevarán más que cinco ó seis sesiones; yo estaré allí para vigilar al pintor, y, en caso de ausencia, pondré de centinela á la vieja de su criada... Nada hay que temer.»

Después de un momento de silencio, continuó:

— Soy viudo, pero tengo una hija que va á cumplir veintidós años. Es ya casadera y puede abandonarme de un momento á otro. Yo quisiera al menos tener su pintura cuando me deje solo... A ella aludía al hablarle á usted de otro retrato... Volveremos á hablar de esto después que yo lo haya consultado con ella...

— Estoy á su disposición, caballero, declaró Ivo levantándose; ¿cuándo quiere que empecemos el de usted?..

— Lo más pronto posible... Venga usted á comer el domingo próximo en Kerdouarnec, después de la misa mayor, y fijaremos el día... Convenido, ¿eh?.. Hasta el domingo, á las doce... Servidor de usted y usted dispense que le haya molestado...

II

Detrás de la iglesia de Ploa-ré, cuya veleta asoma por encima de copudas hayas, un camino sinuoso, llamado «paseo de Santa Cruz», conduce á un calvario carcomido de liquen. Desde allí se oyen los rumores de Douarnenez y se ve parte de la bahía, ora cubierta de luminosa bruma, ora azulada y llena de sol. El sitio es melancólico. El suelo herboso amortigua el ruido de los pasos de los raros paseantes que por allí se encuentran. En ciertos días nublados, el mar vaporoso, el pálido follaje de los álamos, la grisalla del campanario de piedra, se unen para impregnar el paseo de Santa Cruz de una tristeza penetrante, pero grata al corazón. Se siente uno allí envuelto en la soledad y alejado del mundo. Y sin embargo, á pocos pasos de allí, detrás de un oquedal de castaños plantados en la vertiente de la colina, se extienden tres fincas de nombres pintorescamente silvestres: Coat-an air, Kergoadic y Kerdouarnec.

A los campesinos y á los caseríos bretones les gusta la vida oculta. El de Kerdouarnec se halla metido debajo de los castaños. Un estrecho y oblicuo paseo de hayas formando bóveda ojival conduce á la puerta principal de la casa, que da acceso á un gran patio lleno de brizas de paja, donde picotean gallinas y revolotean palomos. Las granjas y el lagar forman dos alas; en el fondo, la habitación presenta su fachada tapizada de vid entre dos torreones puntiagudos. La puerta trebolada, de cimbra baja, las ventanas con sus cruceros delicadamente labrados, dicen la edad de la morada, que fué construida á mediados del siglo xvi. Por un vestíbulo, embalsado de piedra, se entra á pie llano, por la derecha, á la cocina, espaciosa; y por la izquierda, á un corredor de paredes blanqueadas con cal, en que los muebles de nogal, fabricados en Pont-Croix, armarios, credencias y aparadores, con sus cobres de un amarillo claro, dan una nota hospitalaria y alegre. Esta pieza comunica con un salón adornado con cortinajes verdes, provisto de un pavimento de madera, decorado con espejos de doraduras gastadas, y alhajado con muebles de seda usadísima que no ha sido renovada desde la época de Luis XVI. Las ventanas del salón dan al jardín, al cual se pasa por una doble puerta de cristales y un vestíbulo revestido de jazmines.

Este jardín antiguo y florido es el encanto de la vieja morada; la completa y la poetiza. Expuesto hacia Levante, sombreado á los lados por una doble muralla de arbustos, está trazado á la francesa. Sus paseos, en forma de cruz con un reloj de sol sobre un zócalo musgoso en el crucero, corren entre una mezcolanza de plantas raras ó comunes que crecen al azar; las ajedreas se extienden al pie de las camelias; los toronjiles al lado de los lirios de Jessey, y rosas de varios matices exhalan un discreto perfume, mecendo sus corolas en que van á dormir dorados insectos. En la primavera las lilas y los lirios de valle embalsaman el jardín; en otoño, las clemátidas exhalan en él su olor de almendra al lado del boj de amargo perfume. En uno de los extremos, una fuente alimenta un vivero rodeado de laureles reales metidos en cajones. Más allá, hasta el horizonte, la campiña ondulosa se extiende con sus verdes prados

y sus campos de trigo. En el marco de pinos enclenques y de hayas azotadas por el viento del mar, se tiene á la vista una aparición de la baja Bretaña, con sus grupos de encinas, sus hondos caminos, sus solitarias viviendas y sus eriales violáceos donde surge la punta de un campanario.

Marianic de Tremolin era la reina y el alma de aquella finca de Kerdouarnec, con algo de su poesía selvática y de su virginal encanto. De veintidós años, alta, bien formada, se parecía á la Virgen que Correggio pintó en el *Casamiento místico de Santa Catalina*. Su rostro ofrecía el mismo rostro suave, los mismos colores sonrosados de ámbar, la misma boca graciosamente carnosa, llena á la vez de discreción y de ternura. Sus párpados de largas pestañas, con frecuencia entornados, daban á su fisonomía una expresión adorablemente casta. Cuando se levantaban, descubrían dos ojos de una limpidez cristalina, dos ojos ingenuos de un azul verdoso, en que parecía reflejarse la capa cerúlea de la bahía. Sus cabellos castaños, divididos en dos diademas, caían hacia atrás en un pesado moño sobre una nuca de palideces doradas.

Marianic, como por lo general la llamaba familiarmente su padre, era hija única y había perdido á su madre á la edad de doce años. Una vez viudo, el Sr. de Tremolin se propuso desde luego atender en persona á la educación de la niña. Pero después de un ensayo de algunos meses, la tarea le pareció demasiado pesada. No poseía, en manera alguna, las cualidades de un buen maestro. Hombre de negocios y hombre aficionado á los placeres, aturdido y ligeramente egoísta, se ausentaba con demasiada frecuencia de la casa, y Marianic, abandonada á sí misma ó á la dirección de una criada que la mimaba, crecía como las plantas del jardín, á la buena de Dios. Seis meses después, Tanguy de Tremolin, que no carecía de sentido práctico, notó que su hija no aprendía nada y se asaltaba cada vez más. Entonces la metió en el colegio de Ursulinas de Pont-Croix, donde la dejó estar hasta que cumplió diez y ocho años. Exceptuando la escritura, la ortografía y la historia sagrada, la muchacha no adquirió allí muchos más conocimientos que en Kerdouarnec, pero su salvajismo adquirió un tinte de tierna sencillez y las ilusiones tomaron más soberanamente posesión de su alma adolescente. Fuera de los ejercicios piadosos y de las horas de clase, la disciplina de las buenas Madres no era muy severa y se dejaba á las alumnas cierta libertad. Marianic se aprovechaba de ella y daba rienda suelta á su gusto por la soledad y la meditación.

En verano, por los paseos del jardín conventual que se extendía hasta el borde del río; y en invierno, bajo la estrecha nave de la capilla, cuyas claraboyas de colores representaban obispos, canónigos, damas y caballeros devotamente arrodillados ante la Virgen, se pasaba ella horas enteras en vagas contemplaciones. Referíase á sí misma, imaginándose, la historia de los personajes cuyos ropajes de ricos colores adquirirían tonos fantásticos á la luz del sol. Los esfuerzos de su imaginación se ejercían sobre todo á propósito de un rubio caballero vestido de terciopelo verde, que se inclinaba ante la Virgen presentándole su caballo enjaezado y dispuesto á partir. «¿Para qué viaje de aventuras se preparaba el caballero? ¿Qué bendiciones ó qué protección pedía á la madre de Dios?..» Cada vez Marianic se hacía estas preguntas é inventaba una nueva novela sobre aquella expedición caballeresca. En los quiméricos viajes del rubio señor de traje verde, ella se atribuía siempre un papel; cabalgaba en la grupa con el caballero de su elección; iban juntos cruzando países legendarios, cuyas apelaciones sugestivas había recogido la muchacha en la vida de los Santos ó en los actos de los Apóstoles: Tesalónica, Efeso, Cesarea, Damasco y finalmente Jerusalén... Inevitablemente, después de miríficas proezas, su héroe moría santo ó mártir, y ella se veía llorando á lágrima viva sobre su tumba. El caballero de la claraboya había venido á ser la ocupación de sus horas de recreo, el fiel y atento compañero de su soledad.

Con frecuencia, durante sus estancias en el jardín, iba ella á sentarse en un banco adosado al muro que sostenía el camino de Audiarme. Echando atrás la cabeza, se pasaba horas contemplando el galopar de las nubes sobre el azul del cielo. Azotadas por el viento del mar, ora se encabritaban rebeldes, ora se precipitaban desbocadas, con las crines flotantes. Algunas parecían grises hacaneas montadas por mujeres de blancas cofias; otras parecían un desfile de jóvenes caballeros, entre los cuales su santo amigo se distinguía por la nobleza de su porte y de su alta estatura.

A medida que avanzaba el día, se calmaba el viento; las nubes se movían con más lentitud; sus formas

cambiaban, y los resplandores del sol poniente les prestaban animados colores que recordaban á Marianic los opulentos matices de las claraboyas de la capilla. Semejaban grandes navíos deslizándose sobre un mar de rugientes olas y aparejándose para un misterioso viaje. En la popa, la irradiación del sol hacía surgir extrañas figuras de timoneles teñidos de púrpura y morado, y entre ellos el alto caballero del traje verde. Y los ojos de Marianic le seguían con una curiosidad llena de ternura, hasta que, apagándose el sol y volviendo á soplar la brisa, toda la escuadra aérea se dispersaba, dejando en pos una llanura sembrada de nubecillas grises, que recordaban las ondulaciones del erial bretón.

El ensueño, la meditación, ocupaban, pues, gran parte de la vida de la adolescente, y el imaginario caballero se asociaba cada vez más á sus secretos pensamientos; sin embargo, al rayar en los diez y seis años, operóse una transformación en el alma de Marianic. Perdió poco á poco la costumbre de sus quiméricas contemplaciones y se interesó más por las cosas terrenales. A la vuelta de la primavera, reparó de pronto en las bellezas más tangibles del ambiente que la rodeaba, y se apasionó por las flores del jardín, los árboles del cercado y el verdoso paisaje que se extendía más allá de los muros. Durante los paseos que las alumnas daban los jueves bajo la escolta de dos Madres conversas, la poesía de la Bretaña se reveló insensiblemente á Marianic de Tremolin. La respiraba en el perfume de las madrelevas silvestres, en la gracia de los agabanzos floridos al borde de los senderos, en el encanto solitario de los manantiales cuyas aguas serpenteaban por entre las praderas ó dormían en remansos rodeados de cañas y de lirios. Los menhirs, que se alzaban entre las encinas ó en medio del erial, le hablaban de los tiempos antiguos; el són de las campanas, que tomaba vuelo desde las caladas torres de las iglesias, resonaba suavemente en su corazón; las procesiones de las romerías exaltaban su piedad y le hacían saltar lágrimas á los ojos.

Cuando, á la edad de diez y ocho años, volvió definitivamente á Kerdouarnec y se instaló en él como soberana, descubrió en su tierra natal una belleza que hasta entonces no había llamado su atención, y se sintió más orgullosa de ser bretona.

Además, con sus puros ojos del color del mar, su cabello castaño, su palidez de marfil y su carácter arisco, Marianic parecía la personificación de la Bretaña céltica. Tenía de ella la ternura apasionada, el espíritu de independencia, la tenaz fidelidad, la poesía cándida y la fe ardiente.

Aunque, una vez reinstalada en su casa, no se cuidase de completar su instrucción muy elemental, leía algunos libros permitidos por su confesor: la *Barsaz-Breiz*, leyenda de los santos bretones, y sobre todo una colección de *gwarz* cornuailenses, hallada en la modesta biblioteca de la finca. Aquellos poemas populares, escritos en el sobrio y enérgico dialecto que ella hablaba desde la infancia, cantaban

la fe y el valor bretones; se habían impregnado del sabor del terruño; predicaban el apego á la tierra d'Ar-mor, la tierra de granito cubierta de encinas; operaban una evolución nueva en el alma apasionada de Marianic. A medida que los leía, descubría en su corazón regiones desconocidas, horizontes deliciosos, semejantes á los que sus ojos divisaban desde la terraza de Kerdouarnec, una infinidad de llanuras cubiertas de castaños, de campos de trigo, de

del traje verde ya no la preocupaba; los quiméricos ensueños ya no la satisfacían; su naturaleza amante experimentaba la necesidad de una ternura más real. Pensaba ahora en la satisfacción de encontrar un corazón viril que latiese como el suyo; un hombre que tuviese el mismo culto que ella por la tierra bretona, la misma fe y los mismos entusiasmos. ¡Con qué ardor, con qué robusto afecto la amaría!.. Sentíase capaz de todos los sacrificios por él. Aquel amante con

tanta impaciencia esperado, existía en alguna parte; erraba sin duda por los alrededores, y el día menos pensado pasaría los umbrales de Kerdouarnec y se presentaría á ella diciéndole, como en el *gwarz* de la *Heredera de Keroulaz*:

«*Quisiera ser blanca palomita para posarme en el tejado de Keroulaz; quisiera ser cerceta para nadar en el estanque en que lavas tu ropa...*»

Sin fiebre, pero con un estremecimiento ligero como el viento de abril en las hayas, Marianic aspiraba al amigo desconocido que se apoderaría de su corazón uniendo su vida á la suya. En otoño, viendo caer en el vivero las hojas doradas de los castaños; y en la primavera, viendo retoñar á los tilos, pensaba con entera confianza: «¡De seguro vendrá!..»

El domingo siguiente á su entrevista con el señor de Tremolin, en tanto que las campanas de Ploa-ré tocaban el *Angelus* del mediodía, Ivo Cormier, de chaqué negro y pantalón gris, seguía las sinuosidades del paseo de Santa Cruz, donde el sol aplomado plateaba las hojas de los álamos y hacía cantar á los saltamontes de las escarpas. A dos tercios del paseo, se metió en la bóveda de ramaje que bajaba á Kerdouarnec. Una sensación de frescura, después del ardor de los rayos caniculares, le indujo á acortar el paso, á fin de no llegar sudoroso á la quinta. Caminando lentamente á la sombra, pensaba en la acogida que le iban á hacer y se preguntaba si no se había comprometido un poco á la ligera. Aquellos retratos, pobremen-

te pagados, ¿no iban á absorberle un tiempo precioso y á reportarle más cuidados que provecho? Sabía por experiencia cuán difíciles de contentar y cuán caprichosos son los burgueses que se hacen retratar. Sus exigencias están en razón directa con su ignorancia y acabarían con la paciencia de un santo. El Sr. de Tremolin, después de todo, podía pasar, porque tenía el rostro original y expresivo, y los hombres son más fáciles de contentar que las mujeres. Pero si el buen señor se empeñaba en que también retratase á su hija, entonces iban á surgir los inconvenientes. ¿Qué clase de persona era aquella señorita de Tremolin? Ivo corría el riesgo de tropezar con una de esas melindrosas de provincias que cambian de actitud y de traje cada día y nunca se creen bastante hermoas. «¡Como no tenga que habérmelas con una fea! — pensaba acercándose al vestíbulo de Kerdouarnec; — en fin, vamos á ver...»

En el patio encontró al Sr. de Tremolin, que le aguardaba y que le dió la bienvenida.

(Continuad.)



Miraba por encima del hombro del pintor, á fin de contemplar el estudio...

pinares azules, por encima de los cuales surgían lejanas flechas de campanarios.

Pero aquellos poemas cornuailenses, no sólo celebraban el valor y la fuerza de los hijos del Ar-mor, la tenacidad de la fe bretona y los milagros de los santos, sino que hablaban también de afectos fieles y perseverantes, como en el *gwarz* del *Marqués de Traon*; de amores más fuertes que la muerte misma, como en el de *María Derrienic*. Marianic se maravillaba con el relato de *María la Leprosa*, que su amante visita en la solitaria choza á que la han relegado, y se obstina en estrecharla entre sus brazos á riesgo de contagiarse. Se le oprimía el pecho á Marianic y le saltaban las lágrimas al leer las estrofas que pintan á los dos amantes muriendo abrazados.

Desplegábase en ella un nuevo concepto de la vida. Pasaba en su corazón de virgen algo parecido á lo que se agitaba en el jardín de su casa en la primavera, cuando retoñaban los narcisos, cuando la savia hinchaba las yemas escamosas de los setos, cuando florecían los árboles. La mística figura del caballero

SECCIÓN CIENTÍFICA

NUEVO APARATO PARA ANCLAR LOS BUQUES. - UN HOSPITAL PARA TRIGOS ENFERMOS. - UNA COLONIA DE ABEJAS EN EL JARDÍN DE PLANTAS DE PARÍS

NUEVO APARATO PARA ANCLAR LOS BUQUES

Sabido es que el mayor peligro para un buque durante el mal tiempo es clavar las anclas: en efecto, el fondo del mar no ofrece entonces resistencia bastante á las garras del áncora, y el buque, empujado por el viento, va rozando dicho fondo sin que aquélla encuentre un obstáculo en que agarrarse. El mismo peligro existe para los llamados «cuerpos muertos» de los puertos y de las radas, anclajes fijos de antemano preparados, en los cuales la cadena del áncora se sujeta á un flotador.

Un inventor americano, Mr. Langston, ha pensado que podría sacarse partido precisamente de la movilidad de estos fondos sobre los cuales resbalan las ánclas, aprovechándolos para hundir en ellos planchas metálicas gruesas y macizas que opondrían una resistencia considerable á un esfuerzo de arranque cuando quedasen debajo de una capa considerable de ese suelo movable, de arena ó de limo.

El grabado adjunto basta para dar idea del mecanismo: consiste la plancha en un disco de hierro fundido, que puede tener un diámetro hasta de 60 metros y que se suspende á una cadena por medio de un anillo que pasa por entre dos orejas que presenta en su superficie. Este disco tiene en su centro un agujero, y para que se abra paso entre las arenas y el fango se hace penetrar en dicho agujero el extremo de un tubo metálico de cierta longitud, unido á un tubo flexible cualquiera por el que circula el agua que bajo presión se envía des-

ella una excavación hasta dejar libre el disco y poder levantarlo cuando esta excavación ha ahondado bastante.

No se trata de un invento en el período de los en-

ma, ó se les somete á otros aparatos y tratamientos que los dejan más limpios que los mismos granos sanos.

Todas estas manipulaciones engendran naturalmente un polvo malsano; por esto el personal del hospital se ve obligado á usar anteojos y caretas respiratorias, como se ve en el grabado que publicamos.

P. DE MERIEL.

COLONIA DE ABEJAS
JARDÍN DE PLANTAS DE PARÍS

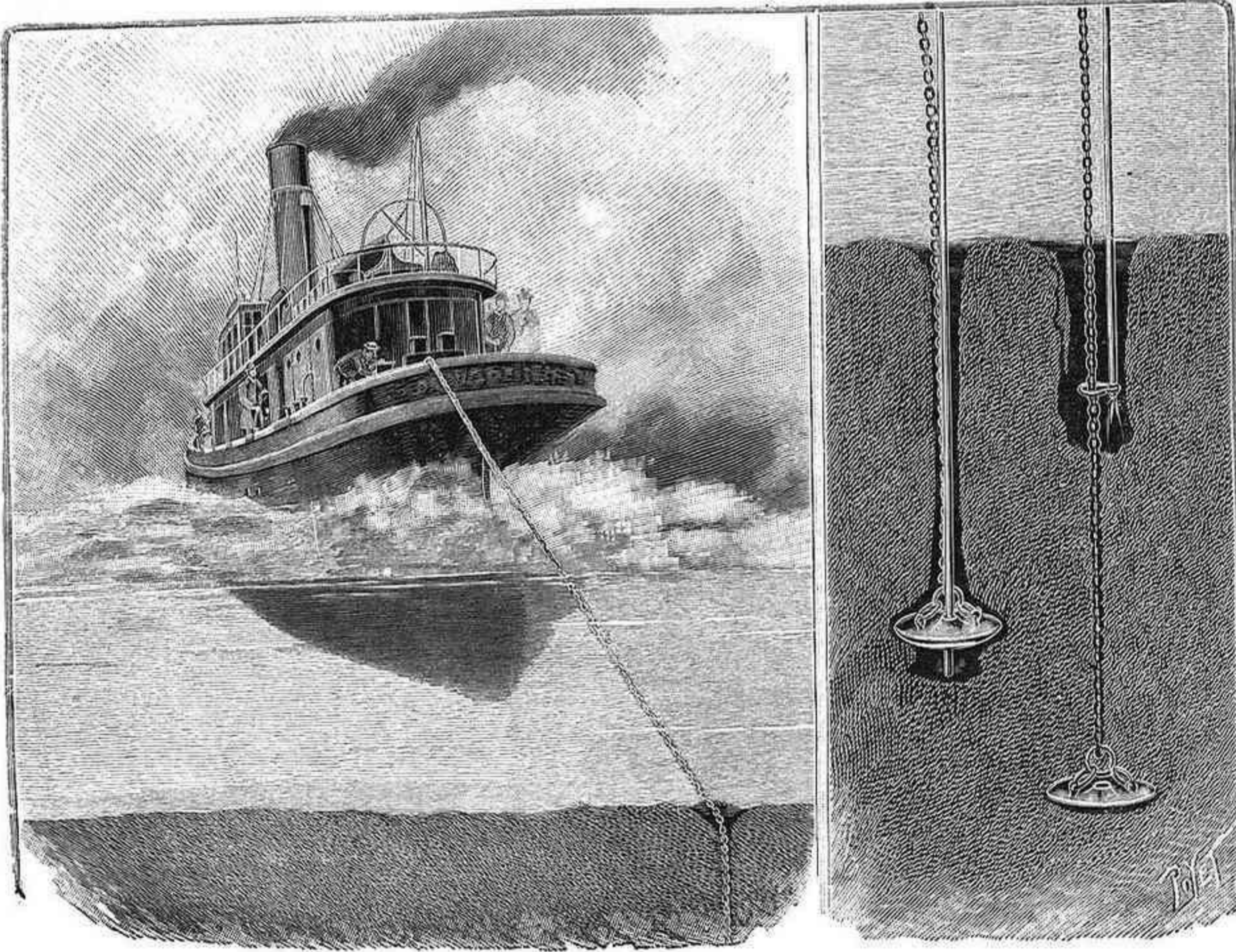
El eminente miembro de la Academia de Ciencias de París M. Giard, dice á propósito de esta colonia de abejas: «Delante de las nuevas galerías de Paleontología, entre dos arriates destinados á la familia de las leguminosas, hay una choza cerrada, junto á la cual se levanta un viejo catalpa: en este árbol se encuentra el nido de abejas que conozco desde hace mucho tiempo; pues, si no recuerdo mal, existía ya cuando yo era estudiante, es decir, desde 1869 á 1872.»

Adjunto reproducimos ese árbol.

Las abejas entran y salen de él por un pequeño agujero situado á menos de tres metros del suelo y que se ha formado en el centro de una cicatriz de una gran rama cortada al nivel del tronco.

Esta colonia de abejas procede seguramente de alguna de las colmenas que en 1862 instaló en el Jardín de plantas M. Riggi, del laboratorio de Entomología, quien fué á buscarlas á Boulogne sur Seine, y allí ha vivido abandonada á sí misma durante cuarenta años, resistiendo á los inviernos más rigurosos y á los veranos más calurosos y más secos, cuando á los apicultores más expertos les cuesta á veces tanto conservar á sus abejas prodigándoles los mayores cuidados.

Algunos apicultores han pedido que se les permitiese sacar del jardín esa colonia y otra que hay cer-



Nuevo aparato para anclar los buques. - Vapor anclado en el nuevo aparato. - Introducción y extracción del ancla

sayos, sino que ha sido probado con éxito en Nueva York durante un temporal ocurrido en septiembre último: una porción de yates del Sacht-blus de aquella ciudad se han mantenido firmes en sus cadenas y en los discos, mientras que cuarenta embarcaciones provistas de ánclas del sistema ordinario eran empujadas hacia la costa.

D. BELLET.

UN HOSPITAL PARA TRIGOS ENFERMOS

Esta institución, algo más conveniente y útil que los hospitales para perros que en muchas capitales existen, está instalada en el Canadá, en esa región del Ontario en donde el cultivo de cereales ocupa puesto preeminente en la agricultura.

El trigo está sujeto á un cierto número de enfermedades, buena parte de las cuales, si no se logra destruir sus gérmenes cuando no han pasado de la primera cubierta del grano, hacen el trigo invendible por ser imposible utilizar su harina. A los trigos enfermos propiamente dichos y á los inficionados por un germen, pueden ser asimilados los que han sufrido ciertas averías, por ejemplo, los que se han mojado y que podrían pudrirse si se les expedía en tal estado á los mercados de consumo. Estas enfermedades y estas averías son cuidadas y curadas en el hospital que nos ocupa.

Este hospital está instalado en Port Arthur y en él entra directamente el trigo de los vagones ó de los buques y desde él vuelve á ser cargado en éstos después de sometido al necesario tratamiento.

Los trigos húmedos ó más ó menos mojados llegan en grandes cantidades á ese hospital que cuenta con una instalación de las más completas para tratarlos, una vasta estufa que puede secar diariamente 1.275 hectólitros. Esta estufa está dividida en una serie considerable de cajones planos, cuyas paredes son de planchas de hierro perforadas y que están dispuestos verticalmente á cierta distancia unos de otros: por los espacios que entre ellos median se hace pasar una corriente de aire caliente. La duración del tratamiento depende de la cantidad de agua que contiene el grano, para lo cual se clasifica éste en tres categorías, según que contenga $4\frac{1}{2}$, $7\frac{1}{2}$, ú $11\frac{1}{2}$ por 100 de agua.

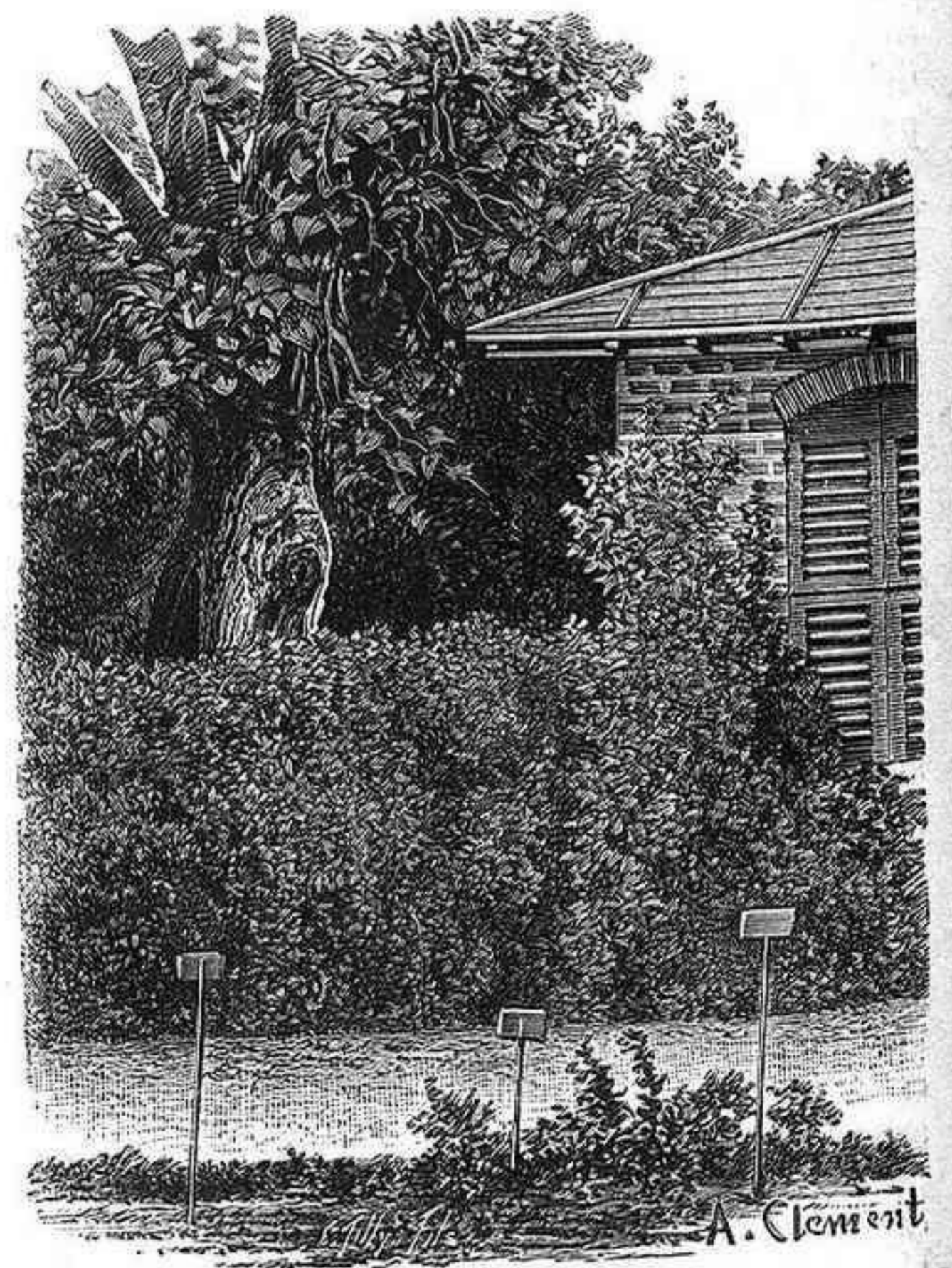
A los trigos simplemente sucios, que sólo tienen ennegrecida la cubierta exterior, se les hace pasar por entre dos planchas de metal que frota los granos en todos sentidos, ó bien se lanzan éstos violentamente contra superficie en donde experimentan un choque que separa la capa ennegrecida y enfer-



Médico del hospital para trigos enfermos

de el buque que se desea anclar. La corriente de agua que sale por debajo del disco y que tiene tendencia á remontar á la parte superior de éste, excava las arenas y el limo y asegura un rápido hundimiento del disco, como sucede en el hundimiento de los pilotajes por el método hidráulico. Se adoptan naturalmente las medidas necesarias para fijar el tubo en posición; y cuando se considera que está suficientemente hundido, se deja libre ese tubo metálico; el disco de anclaje, con un buen trozo de cadena, se encuentra hundido debajo de la arena ó del limo que han llenado el agujero á medida que la plancha de hierro se hundía en ellos.

La operación de levar el ancla, que es necesaria cuando el disco ha sido echado por un buque para su uso propio y no para un cuerpo muerto de anclaje, se realiza á la inversa, es decir, se vuelve á introducir el tubo metálico, y cuando llega al fondo se lanza por él el chorro de agua comprimida, la cual hace movable la arena y la levanta practicando en



Una colonia de abejas en el Jardín de plantas de París. Catalpa del Museo habitado por la colonia

cana á ella; pero la administración, con muy buen acuerdo, se ha negado á ello, teniendo en cuenta que su estudio puede ser muy útil desde el punto de vista de la apicultura y de la entomología en general. - A. L. C.